

Escribe Julio H. Cole: En marzo de 1776 se publicó finalmente *La riqueza de las naciones*. La obra tuvo un éxito inmediato y duradero: la primera edición se agotó en seis meses, y durante la vida de Smith se publicaron cinco ediciones (1776,

1778, 1784, 1786, y 1789). Además, en cuestión de tres décadas se había traducido a por lo menos seis idiomas extranjeros: danés (1779-80), tres versiones francesas (1781, 1790, y 1802), alemán (1776-78), italiano (1780), español (1794) y ruso (1802-06).



Papel Literario FUNDADO EN 1943 80 AÑOS

DOMINGO 25 DE JUNIO DE 2023

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo electrónico riveranelsonrivera@gmail.com/https://www.elnacional.com/papel-literario/ •Twitter @papeliterario

BIOGRAFÍA >> APOGEO Y ECLIPSE DE UN FÍSICO TEÓRICO

Robert Oppenheimer avatares de un genio

Publicada en 2005, *Prometeo americano*, la portentosa biografía de Robert Oppenheimer, finalmente ha sido traducida al español. Kai Bird y Martin J. Sherwin, dedicaron tres décadas a investigar y escribir la obra. En el 2006 fueron reconocidos con los premios Pulitzer, National Book Critics Circle Award y el Duff Cooper Prize

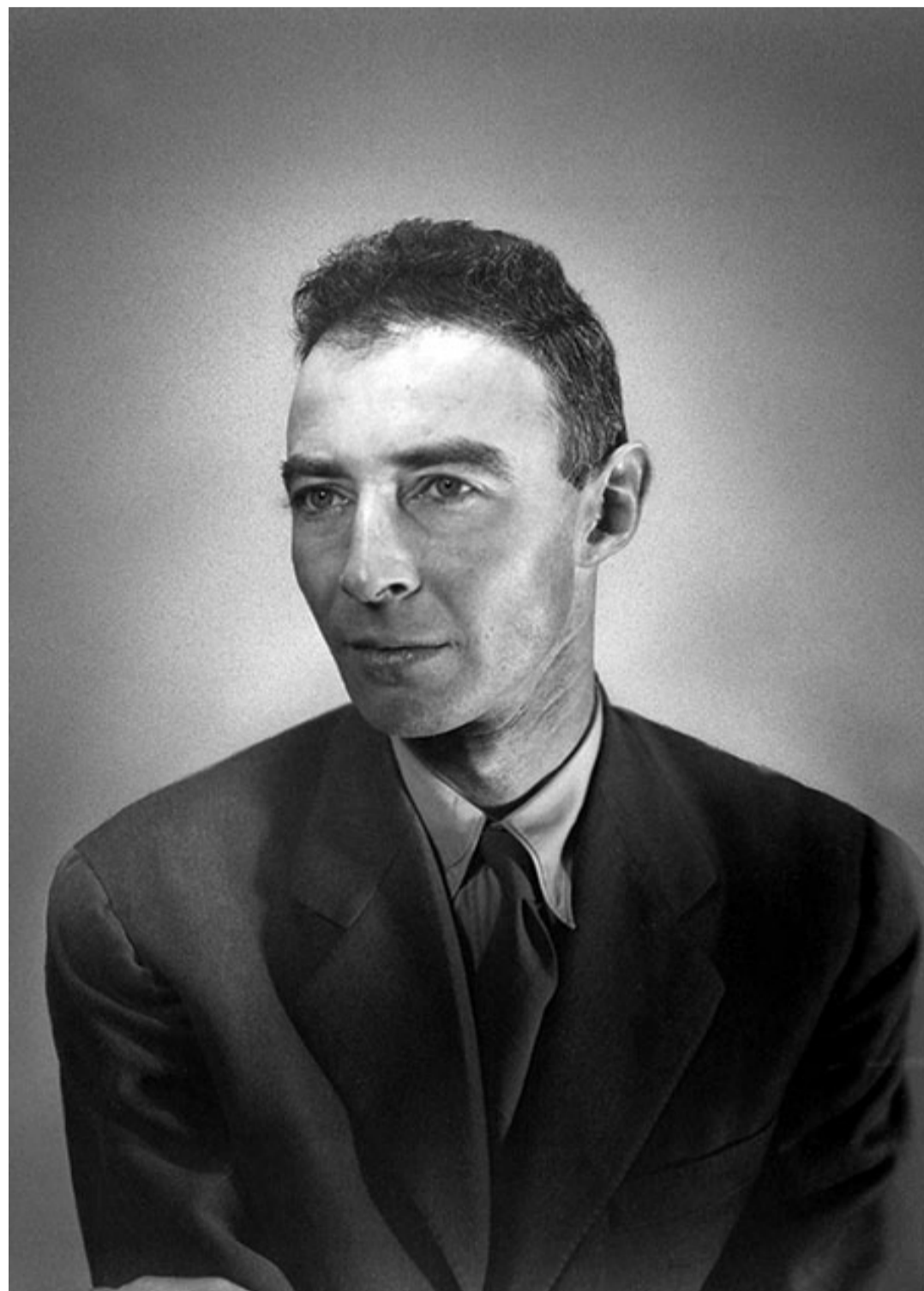
NELSON RIVERA

Julius Oppenheimer llegó a New York en 1888. Judío procedente de Alemania. Ella Friedman era pintora, educada, exquisita. Con veinte años, ya había vivido en París —un año— estudiando a los primeros impresionistas. Su familia, judíos alemanes también, habían llegado a Baltimore en 1840. Oppenheimer no tardó en progresar en el negocio de las telas y las confecciones. Se casaron en 1903 y, al año siguiente, se produjo el nacimiento de Robert Oppenheimer. Sobre la creciente prosperidad de la familia, baste con decir que, a lo largo de los años, un Picasso, un Rembrandt, tres Van Gogh, así como obras de Vuillard, Derain, Renoir y Cezanne, entre otros, formaban parte del patrimonio familiar. Frank, el menor, nació en 1912. Un velero, servidumbre, comodidades.

Retraído, un tanto enfermizo, ajeno a la actividad física, el pequeño Robert Oppenheimer fue precoz: leía y escribía poesía. Coleccionaba, clasificaba y etiquetaba piedras. Tenía doce años cuando comenzó a intercambiar cartas con geólogos, en las que compartía información, hacía consultas, daba cuenta de alguna lectura. Uno de sus correspondientes propuso que le admitieran en el Club Mineralógico de New York. Un día le llegó una invitación a dictar una conferencia. Estupefactos, los estudiosos vieron entrar al niño conferencista escoltado por sus padres. Mucho antes de eso, los Oppenheimer habían entendido que Robert estaba dotado de capacidades excepcionales. No solo ellos. También el niño: cuando ingresó a una escuela privada, la Sociedad por la Cultura Ética —cuyo lema era “Hechos, no creos”—, ya había aparecido en él el aire arrogante y distante del estudiante estrella. En un ambiente que estimulaba actitudes liberales, y que asociaba educación con responsabilidad, “leía a Platón y a Homero en griego, a César, a Virgilio y Horacio en latín”.

Cuentan los biógrafos: el tercer año, en el transcurso del curso de física, Oppenheimer se subió al camino de la ciencia. Un testimonio: “Se ponía rojo enseguida. Parecía muy frágil, con las mejillas de color rojo intenso, muy tímido, y por supuesto muy brillante. La gente se daba cuenta de inmediato de que era distinto a los demás, y superior”. Además de las asignaturas esenciales, estudiaba alemán, francés, latín y griego. Cuando se graduó en 1921, era el mejor, de forma indiscutible. En ese tiempo, había adquirido las dotes de un audaz navegante, siempre en comercio con el peligro. En alguna medida, la riqueza familiar y su condición de judío, lo avergonzaban.

II
En 1922 ingresa en Harvard. Solitario, envuelto por un aire de extrañeza que irradiaba su timidez, llama la atención por su verbo refinado,



J. ROBERT OPPENHEIMER / ARCHIVO

sus frases elegantes. Chejov, Mansfield y Shakespeare se alternaban con ciclos melancólicos y rachas depresivas. Pocos amigos. No tenía un camino claro hacia adelante. Tomaba cursos de esto y aquello: filosofía, química, literatura, historia, matemáticas. Era aficionado a los maratones de lectura, por ejemplo, las 3 mil páginas del libro de Edward Gibbon, *Historia y decadencia del Imperio romano*. Participa en publicaciones. Hay quienes le perciben como distante e indiferente hacia los asuntos del mundo. En 1923, Niels Bohr, físico danés que el año anterior había ganado el premio Nobel de Física, dictó dos conferencias en Harvard, que deslumbraron a Oppenheimer. Más adelante, el filósofo y matemático Alfred North Whitehead, llegó al campus a dictar un curso sobre los tres volúmenes de los *Principia mathematica*, que escribió de forma conjunta con Bertrand Russell. Solo dos alumnos se atrevieron a inscribirse, Oppenheimer, uno de ellos. En junio de 1925, tres años después de haber ingresado, se graduó con calificación *summa cum laude* en Química.

Dos meses más tarde se incorpora a los laboratorios de física de Cambridge, en Inglaterra. Vive en lo que llama “un miserable agujero”. No tarde en alejarse del laboratorio, de la física experimental. Durante una sesión en el laboratorio de Ernest Rutherford (premio Nobel de Química en 1921), Oppenheimer se desmayó. Simultáneamente, su interés por la física teórica crecía.

Dedicaba horas a la lectura de libros y artículos científicos. Patrick M. S. Blackett, que ganaría el premio Nobel de Física en 1948, lo acogió como su pupilo. Pero la depresión acechaba a Oppenheimer, quien protagonizó una serie de episodios, alguno de ellos de cariz criminal (envenenó una manzana y la dejó en el escritorio de su tutor). Solo la intervención del padre evitó consecuencias mayores, pero la universidad lo obligó a dar inicio a un tratamiento psiquiátrico. Viaja. Lo acompañan amigos. Está en Córcega, bajo el traspies de una relación, cuando se produjo en él una especie de revelación para su espíritu: leyó *En busca del tiempo perdido*, de Proust, y comen-

“

La gente se daba cuenta de inmediato de que era distinto a los demás, y superior”

zó a salir de la depresión. Regresó a Cambridge, puso fin a las sesiones con el psiquiatra, amplió el círculo de sus amigos, enfocó sus intereses hacia el universo de la física teórica.

III
En 1926 están ocurriendo hechos decisivos en el mundo de la física (que la biografía de Bird y Sherwin narran con paciente y riguroso detalle). Werner Heisenberg habla del comportamiento de los electrones. Erwin Schrödinger propone una nueva teoría de la estructura del átomo. Aparece la noción de mecánica cuántica. Conoce a Paul Dirac (que formularía la ecuación que permitiría predecir la existencia de la antimateria). Conoce a Niels Bohr. A diferencia de Dirac, el genio algebraico que sostenía que leer obstaculiza el pensamiento, Oppenheimer se reconoce en lo contrario: en la física que puede expresarse en palabras. A finales del verano de 1926 Oppenheimer viaja a Gotinga, el reino europeo de la física teórica, a la Universidad Georgia Augusta.

“Oppenheimer tuvo la suerte de llegar a Gotinga poco antes de que finalizara una extraordinaria revolución en física teórica: el descubrimiento de los *cuantos* (fotones), por Max Planck; el espectacular logro de Einstein, la teoría de la relatividad especial; la descripción de átomo de hidrógeno ofrecida por Niels Bohr; la formulación de la mecánica matricial, por Werner Heisenberg; y la teoría de la mecánica ondulatoria de Erwin Schrödinger (...) Cuando Robert se marchó de Gotinga ya estaban establecidas las bases para una física postnewtoniana”. La lista de los científicos con los que interactuó, Max Born (premio Nobel de Física en 1954), James Franck (premio Nobel de Física en 1925), Otto Hahn, Ernst Pascual Jordan, John von Neumann, George Eugene Uhlenbeck y tantísimos más, dan cuenta de una época excepcional.

Gotinga marca una temporada de florecimiento para Oppenheimer. Allí encontró una especialidad (un foco), un entusiasmo y un potencial. Y más: despertaba la admiración de sus colegas y profesores, no siempre con la contención o el recato debido (Max Born escribió: “era consciente de su superioridad de un modo bochornoso e inoportuno”). En alguna ocasión, Maria Göppert (que en 1963 ganaría el premio Nobel de Física), lideró una especie de comunicado de protesta dirigido al rector de la universidad, y que firmaron algunos de sus compañeros, exigiendo que se “refrenara al niño prodigio”: desmantelaba los argumentos de sus profesores, hablaba con franqueza “insoponible”, y resolvía los problemas antes que los profesores terminaran de enunciarlos. En 1927 publica varios artículos científicos. No pasaba nunca desapercibido. Sus profesores escribían informes en los que insistían en su brillantez ilimitada. En nueve meses obtuvo su doctorado, con una tesis sobre el impacto del efecto fotoeléctrico en el hidrógeno y los rayos X.

IV
A mediados de 1927 está de regreso en New York. Luego de pasar el semestre de otoño en Harvard se muda a Pasadena, California, donde le habían ofrecido una plaza como profesor en el Instituto Tecnológico de California. Se reencontra con su hermano, con quien tiene una relación entrañable. Pasean en barco o se van a las dunas, donde pasan días enteros pintando. Oppenheimer es un bolsillo abierto: no escatima en las atenciones y obsequios con que recibe a los amigos que llegan desde Europa. Continúa produciendo artículos científicos sobre la teoría cuántica. Es un fumador sin control. Tose. Siempre tose. Un médico le advierte de una posible tuberculosis. Esto le anima a proponerle a Frank (entonces de 16 años) hacer un viaje a Nuevo Méjico (“al desierto un par de semanas”), en busca de aire seco. Viajan hasta allí. Se hospedan en el rancho de Katherine Page. Los hermanos hacen largas excursiones a caballo. Un día tiene lugar una salida que se convertirá en un hito: a un par de kilómetros, en ascenso, los conduce a una rústica cabaña, rodeada de 72 hectáreas de pastos y cruzada por un riachuelo, que se ofrece en alquiler. Tras un juego de palabras, el lugar se convierte en *Perro Caliente*. Los Oppenheimer lo rentan por cuatro años hasta que, finalmente, Robert lo compra en 1947: el lugar que será su refugio en muchos sentidos, el sitio alejado del mundo, a donde se retiraría en los tiempos adversos que le aguardaban más adelante.

(Continúa en la página 2)

Robert Oppenheimer

avatares de un genio

(Viene de la página 1)

V Oppenheimer vuelve a Europa. Continúa formándose. Emprende proyectos insólitos: aprender neerlandés en seis semanas, por su cuenta, para dictar una conferencia en ese idioma. Va por distintas ciudades. Intercambia con prominentes científicos del momento (por ejemplo, con Wolfgang Pauli, el físico que Einstein propuso para el premio Nobel de Física y que lo recibió en 1945; o Isidor Isaac Rabi, premio Nobel de Física en 1944, que sería uno de sus amigos y que más adelante escribió: “nunca me topé con nadie que fuera más inteligente que él”).

“Cuando dejó Zúrich, en junio de 1929, para regresar a Estados Unidos, se había consolidado una reputación internacional por su trabajo en física teórica. Entre 1926 y 1929 publicó dieciséis artículos, un número extraordinario para un científico (...) Fue el primer científico que dominó la naturaleza de las funciones de onda del espectro continuo (...) Si bien el joven Oppenheimer amaba la mecánica cuántica por la belleza de sus abstracciones, era una teoría que no tardaría en revolucionar la manera en que los seres humanos se relacionan con el mundo”.

Los primeros tiempos de Oppenheimer como profesor fueron de titubeos. Los preceptos básicos de la comunicación con sus alumnos se le escapaban. Solo con el paso de los años adquirió las habilidades que lo convertirían en un docente de enorme prestigio. Paulatinamente desarrolló métodos pedagógicos propios y comenzó a practicar la que sería una de sus capacidades únicas: conducir a los alumnos hasta el límite comprensible de los fenómenos físicos. Mientras, seguía produciendo.

“El 14 de febrero de 1930, Oppenheimer terminó de escribir un artículo clave, ‘Sobre la teoría de electrones y protones’”. Partiendo de la ecuación del electrón de Paul Dirac, enunció que debía existir una contraparte del electrón cargada positivamente y que debía tener la misma masa que su homólogo. No podía ser un protón, tal como había sugerido Dirac. Oppenheimer predijo la existencia de un antielectrón: el positrón. Contra todo pronóstico su colega no se había dado cuenta de que su propia ecuación ya lo predecía y de buen grado concedió a Oppenheimer el mérito de esa idea, lo cual empujó al propio Dirac a plantear que quizá existiera una nueva clase de partícula, desconocida para la física experimental, que tenga la misma masa que el electrón y carga opuesta (...) Hizo falta alguien como nuestro protagonista para empujar a Dirac a predecir la existencia de la antimateria”. El episodio tiene relevancia, porque resultaría emblemático del hacer profesional de Oppenheimer, como un agitador, un factor de estímulo a las investigaciones de otros. En

un tiempo en que la física vivía una eclosión en Estados Unidos y Europa, y en el que la competencia entre los científicos alcanzaba cotas nunca antes vistas, Oppenheimer tenía una capacidad donde resultaba imbatible: llegaba a la esencia de los fenómenos antes que nadie. Se anticipaba. Vislumbraba las virtudes, los defectos y las consecuencias de cada idea, de forma simultánea al enunciado. Su pensamiento, a velocidad desquiciante, atravesaba hacia ámbitos donde otros extraordinarios físicos no llegaban, quizás porque las fuentes de su energía mental no solo provenían de la racionalidad científica: también de la literatura y de la filosofía. Y era capaz de sintetizar, en un solo movimiento mental, toda una serie de fenómenos, incluso aquellos que parecían muy alejados unos de otros. De hecho, entonces muchos de sus amigos pensaban y así lo expresaron, que Oppenheimer estaba llamado a escribir ‘la biblia’ de la física cuántica, que recogiera todos los conocimientos producidos hasta entonces.

Sin embargo, esa mente apabullante, dotada de una potencia capaz de avanzar por caminos inexplorados y abismales, llevaba consigo una amenaza interior: era impaciente. No lograba aquietarse. No se detenía en ningún problema (Bohr atinó cuando dijo que Oppenheimer era un genio que sacaba mal las cuentas). En aquellos años escribió artículos, a partir de sus facultades para la disquisición teórica –naturaleza infinita de las líneas espectrales; radiación cósmica; rayos gamma; electrodinámica; cascadas de electrones y positrones; y más). En un trabajo publicado a finales de los años treinta, sobre las estrellas de los neutrones, anunció una realidad que solo pudo ser observada en 1967. Otro artículo, escrito en colaboración con Hartland Snyder, “Sobre la contracción gravitacional continua”, publicado el 1 de septiembre de 1939 –el día que Hitler invadió Polonia–, paso entonces casi desapercibido. Décadas después, ha quedado en evidencia que en él “se había abierto la puerta a la física del siglo XXI”, porque sin usar el término, vislumbraron la existencia de los agujeros negros.

VI El crack de 1929 apenas afectó a Oppenheimer: percibe un magnífico salario y sus padres continuaban siendo una fuente de posibles auxilios. La madre murió en 1931 y Oppenheimer incorporó a su padre a la cotidianidad de sus días. Aprendió sánscrito para leer el Bhagavad Guita. Algo en su interior le interrogaba sobre la necesidad de paz interior:

Los años que vienen son imposibles de resumir o de enunciar. Cursos, universidades, producción de artículos, viajes, relaciones con científicos destacadísimos, investigaciones, las turbulencias de un movimiento científico que no deja de expandirse y generar noticias.

Con el ascenso de Hitler al poder (1933), la política se desliza en la agenda de Oppenheimer, de modo inesperado. De Alemania llegan las noticias de la persecución, los despidos, el exilio forzoso de profesores y eminentes investigadores. Oppenheimer se convierte en activista. Asiste a reuniones, participa en campañas de recolección de fondos, toma el micrófono en mítines. En 1936 conoce a Jean Tatlock, psiquiatra, periodista y miembro del Partido Comunista de Estados Unidos. Sufrió un trastorno maniaco depresivo. Ella logra interesarle por la Guerra Civil de España y la causa del Frente Popular. Dan inicio a una difícil relación amorosa. Y más: a través de ella, el espacio de sus amistades se llena de profesionales o científicos que simpatizaban o militaban en la organización comunista (señalan los autores que, en algún momento de la década de los treinta, el Partido Comunista estadounidense tuvo alrededor de 250 mil inscritos).

Con la misma energía que invertía en otros conocimientos y actividades, Oppenheimer leyó entonces autores marxistas, asistió a reuniones, firmó documentos públicos, prestó su casa para encuentros diversos, participaba en debates, hizo aportes de dinero para distintas causas, que resultarían tapaderas de las argucias de Stalin.

En 1937 se produjo la muerte del padre. Frank también se ha enrumbado por el camino de la física y también se ha vinculado con el mundo de la izquierda. De hecho, a diferencia de su hermano, que nunca llegó a pertenecer a una organización política, Frank sí se adhirió al partido. “Robert estaba rodeado de parientes, amigos y colegas que en un momento u otro

“

En junio de 1941, muchos físicos empezaron a temer que la comunidad científica alemana hubiera avanzado mucho más en la investigación de la fisión nuclear”

pertenecieron al Partido Comunista. Como izquierdista y simpatizante del New Deal donó considerables sumas de dinero a causas defendidas por el partido, pero siempre sostuvo que nunca tuvo el carnet de afiliado”. Sin embargo, esto no siempre resultó claro para quienes le conocían. Había quienes pensaban que militaba. Otros, que le conocían más, entendían que alguien con su carácter, jamás hubiese podido someterse a la disciplina de los comunistas. No faltó quien testificara que sí formó parte de la estructura partidista. La admiración que sentía por los rojos se había originado por la lucha que los había enfrentado a los nazis. En marzo de 1941, el FBI inauguró el expediente Oppenheimer que, con el paso de los años llegaría a sumar más de 7 mil páginas. En las mismas lo único que alcanza a probarse es que era una especie de inestable simpatizante.

Hacia 1939, aproximadamente, tomó alguna conciencia de los riesgos que para su reputación –en el mundo de las universidades–, podía representar sus vínculos con los comunistas. Hasta 1942-1943, sus simpatías se mantuvieron más o menos firmes. También hacia el final de 1939, la tempestuosa relación con Tatlock se rompió. El día en que Katherine Kitty Puening Harrison obtuvo su divorcio, unas horas después se casó con Oppenheimer. Era el 1 de noviembre de 1940. Era bióloga, botánica y comunista. Meses después, en mayo de 1941, nació el primer hijo de la pareja, Peter. “Kitty nunca llegó a desarrollar un vínculo con Peter”.

VII

Enero de 1939. Un joven científico, Luis W. Álvarez, lee en un diario una pequeña noticia: dos químicos alemanes habían demostrado que el núcleo del uranio podía dividirse en dos partes o más. Álvarez corre a informar a Oppenheimer. Al día siguiente Oppenheimer lo ha visto claro: el proceso podría generar energía o inaugurar el camino hacia la creación de una bomba. Aunque todavía no lo saben, ha comenzado un arduo y complejísimo proceso, en una primera instancia científico, y más adelante también militar, que conduciría a la invención y construcción de la bomba atómica.

Mientras, las cosas continúan como venían: Oppenheimer enseña rodeado de decenas de estudiantes que lo idolatran; numerosos científicos mantienen sus ilusiones y vínculos políticos con la Unión Soviética; se aproxima y aleja de los esfuerzos por organizar un sindicato de científicos en el Laboratorio de Radiación, lo que activa a los servicios de inteligencia del Ejército.

“En junio de 1941, muchos físicos empezaron a temer que la comunidad científica alemana hubiera avanzado mucho más en la investigación de la fisión nuclear”. La preocupación por el estancamiento provoca una iniciativa: hay que invitar a O. a una reunión secreta, el 21 de octubre, en New York. A pesar de sus vínculos con los comunistas, se reconocía que debía ser incorporado. “Las contribuciones, constantes y brillantes (...) eran impresionantes. Cada vez se volvía más imprescindible”. Entonces una idea comenzó a ganar terreno: si se querían resolver con prontitud los problemas conceptuales y técnicos derivados de la construcción de una posible bomba atómica, Oppenheimer debería tener un papel relevante en el proceso. De un día para otro arrancó la actividad.

Coordinador de Ruptura Rápida: tal el nombre del cargo que crean para Oppenheimer. De inmediato convoca a algunos de los más brillantes físicos a incorporarse al proyecto. Muchos han huido de Alemania y de otros países de Europa. Comienzan las medidas de seguridad. Deben avanzar sin disponer de datos experimentales. Muy temprano las cuestiones más peliagudas asoman en las conversaciones: el riesgo de que los nazis avancen con mejores resultados, el temor a que la bomba resultara un arma excesiva. Los impulsores políticos del proyecto tuvieron que presionar al Departamento de Guerra para que aceptaran que Oppenheimer y otros científicos izquierdistas fueran parte del proyecto. En septiembre de 1942, el coronel Leslie R. Groves fue designado como jefe del Proyecto Manhattan.

A pesar de que no había ganado el Nobel (y tendría que dirigir a varios ya premiados); de que era un teórico sin experiencia en ingeniería y cuestiones experimentales; de que carecía de experiencia administrativa; y de que tenía un expediente que lo vinculaba a los comunistas, Groves, militar autoritario y políticamente conservador, enemigo del New Deal, preguntó a quienes se oponían al nombramiento, si tenían un nombre mejor (alguien dijo: “no podría dirigir ni un puesto de hamburguesas”). En octubre de 1942 fue designado. A pesar de la necesaria confidencialidad del proyecto, en Berkeley, en universidades y laboratorios científicos del país, se repetía que Oppenheimer estaba al frente de “algo” para el desarrollo de armas de gran potencia. Los espías se multiplicaron. Los amigos o agentes de los rusos buscaban información por todos los medios posibles, incluyendo el cultivo de falsas amistades.



LOS ALAMOS NATIONAL LABORATORY (1995) / ARCHIVO

(Continúa en la página 3)

Robert Oppenheimer

avatares de un genio

(Viene de la página 2)

VIII

Tendría que concebir nuevas aptitudes que aún no poseía, lidiar con problemas que nunca había imaginado, adquirir hábitos de trabajo muy alejados de su anterior estilo de vida, y adaptarse a actitudes y comportamientos (como los protocolos de seguridad) que lo alteraban emocionalmente y eran “ajenos a su experiencia”. En acuerdo con los militares, escogieron un lugar alejado de todo, Los Álamos, en Nuevo Méjico, y lo rodearon de seguridad. En aquel lugar donde no había infraestructura adecuada, ni servicios consolidados, ni aglomeración humana, en alguna medida desafiando dificultades de comunicación, logísticas, de suministros y más, se levantó en tiempo récord, el centro de operaciones del Proyecto Manhattan, que fue una estructura – corporación científico-militar –, con organigrama, niveles, funciones, reglamentos y más. La primera planta nuclear del mundo.

En marzo de 1943, Los Álamos se puso en funcionamiento, con un equipo inicial de un poco más de cien personas, donde más de la mitad eran científicos e ingenieros. A los seis meses, la población del centro sobrepasaba las mil personas. Al año, más de 3 mil quinientas. A mediados de 1945 era una pequeña ciudad en la que convivían unos 2 mil militares y unos 4 mil 500 civiles, distribuidos en pequeñas casas, apartamentos, galpones y caravanas, más 37 edificaciones técnicas que incluían fábricas, laboratorios, almacenes, oficinas, una biblioteca, un prostíbulo, un auditorio y salas de reuniones, estacionamientos, hasta un concejo municipal, un mundo donde las tensiones entre civiles y militares acechaban, y donde Oppenheimer, que despachaba entre cuatro y cinco cajetillas de cigarrillos por día, ejercía su mandato rodeado de admiración, crecientes habilidades, capacidad de acceder a recursos ilimitados y un cronograma que debía cumplirse del modo que fuera. Aquello se constituyó en una comunidad, con sus implicaciones, deseables o no. “Un lugar donde todos lo sabían todo de todos”.

Difícilmente podré plasmar aquí el activismo, la agitación, los debates, la complejidad, las dificultades inesperadas, los desafíos teóricos y técnicos, las dificultades administrativas, el necesario secretismo del proyecto, la vida interna de una comunidad, intervenida por las obligaciones de seguridad, en la que la mayoría trabajaba al borde de sus fuerzas, persuadidos como estaban de tener una misión en la que estaban comprometidos la seguridad de la nación, la derrota de Hitler y los nazis, el final de la guerra. Sin embargo, Los Álamos era también una comunidad en la que, de forma evidente o soterrada, dudaba. Donde las advertencias, como las de Niels Bohr, resultarían proféticas (“El temor más profundo era que la invención desencadenara una carrera mortal en el desarrollo de armas nucleares entre Occidente y la Unión Soviética”).

IX

Mientras tanto, las sospechas sobre los vínculos de Oppenheimer con los comunistas, no se disipan. Los hechos demostrarían que agentes de la Unión Soviética, por distintas vías, intentaron obtener información sobre lo que ocurría en Los Álamos. Los espías soviéticos, que habían penetrado la comunidad científica estadounidense, estaban por todas partes y trabajaban.

Inevitablemente, la biografía emplea páginas y páginas en la cuestión de las simpatías izquierdistas de Oppenheimer, las amistades y relaciones que tenía con científicos o académicos también izquierdistas, y también en las frases desatinadas o provocadoras con las que respondía cuando le interrogaban, lo cual ponía sobre la mesa la cuestión de si la lealtad de Oppenheimer por su país, podía o no fracturarse por motivaciones políticas.

Sobre la maraña anterior vino a sobreponerse y entremezclarse el debate en los altos escritorios y pasillos del poder militar y civil, las turbulencias intestinas entre las distintas facciones, las actuaciones de funcionarios como el Secretario de Guerra, los jefes militares, los parlamentarios, los asesores, los diplomáticos, los estrategas, los que se pronunciaban desde su propio Olimpo como el General Marshall, los que pensaban en lo inmediato, los que forcejeaban desde el futuro, los que afirmaban y negaban en un mismo razonamiento, los factores como Churchill o Stalin, la influencia que tenían los servicios de inteligencia – que, por cierto, no daban descanso a Oppenheimer.

Este conjunto de hechos – que puede entenderse como la recapitulación de un atiborrado, enrevesado y casi inabarcable torrente de información –, conformado por realidades y rumores, de evidencias atizadas por interpretaciones o percepciones distorsionadas, impulsadas por el activismo de sus rivales y enemigos ideológicos

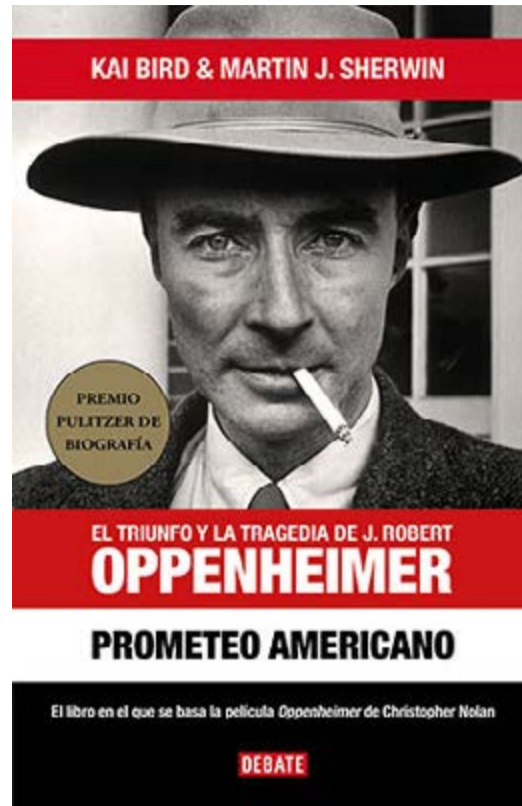
o políticos, a los que se añadieron las dudas de orden moral que el mismo Oppenheimer tenía sobre cuál sería el uso posible y las repercusiones que tendría el arma atómica, más adelante, en los años cincuenta, conducirían al científico al centro de una sonora investigación por parte del Congreso de Estados Unidos, que tuvo resultados considerables en su vida.

X

Bajo una atmósfera de ansiedad, temores y miedos, la Prueba Trinity se realizó el 16 de julio de 1945, casi diez semanas después de que Alemania hubiese firmado su rendición, mientras la guerra continuaba en el Pacífico. Fue la primera prueba de un arma nuclear de la historia, en una escala pequeña. Científicos que observaron la explosión, a 32 kilómetros, documentaron la ola de calor que envolvió sus rostros y sus cuerpos. Frank Oppenheimer, que acompañó a su hermano a presenciar el experimento, escribió que la luz le atravesaba los párpados, aunque te mantuvieras con los ojos cerrados. “Al margen de lo que le pasara a Oppenheimer por la cabeza, lo que sí es cierto es que quienes lo rodeaban estaban eufóricos”. La prueba había demostrado lo que, hasta ese día eran, en lo medular, desarrollos teóricos: que el arma tenía una capacidad destructiva que sobrepasaba cualquier previsión.

Tras la prueba, “a Oppenheimer comenzó a cambiarle el humor”. El artefacto científico había adquirido la condición de arma, con lo cual pasaba al control total del Ejército. A partir de ese momento el malestar y las controversias se incrementaron. Oppenheimer se debatía entre sus responsabilidades corporativas (seguía siendo el jefe del Proyecto Manhattan) y la angustia que le producía la letalidad del arma y lo que desataría su utilización si, de recurso disuasivo destinado a poner fin a la guerra, se lanzaba en alguna parte.

A las 8 y 14 horas del 6 de agosto de 1945, un bombardero B-29 lanzó una bomba de uranio sobre Hiroshima. En Los Álamos la noticia se celebró como una victoria: el esfuerzo de aquella comunidad de científicos, ingenieros, técnicos y especialistas, había cumplido su cometido. Dos días después de que se lanzara la bomba de plutonio sobre Nagasaki, Japón firmó su rendición. “Mientras su nombre se hacía famoso en todo el planeta, Oppenheimer se hundía en la depresión”. Solo en octubre, dos meses después de que fueran lanzadas, el Ejército permitió que una comisión de tres científicos viajara a Japón a ob-



“

A las 8 y 14 horas del 6 de agosto de 1945, un bombardero B-29 lanzó una bomba de uranio sobre Hiroshima”

servar lo ocurrido. Lo que contaron al regresar, escenificaba las peores presunciones de quienes temían lo peor.

XI

A continuación, lo previsible: se desatan los debates –¿pasar a la siguiente etapa, la bomba H?–, las posiciones y contraposiciones, las lógicas militares y defensivas contrapuestas a las consideraciones morales y humanitarias. En el seno de la comunidad científica, el debate ético rompe la cohesión. Los argumentos y corrientes en pugna son de extraordinaria complejidad, y la biografía logra, de forma admirable, mostrar los elementos y protagonistas en lucha, como si fuese

la narración del preámbulo de una acotada guerra civil. Oppenheimer está en el meollo de esas batallas. No siempre es fiel a un punto de vista. Su propia cabeza es un campo de batalla. La mente privilegiada entiende la lógica del Estado, del accionar del presidente Harry S. Truman, los ímpetus militares y también el abanico de razonamientos de sus colegas. Para muchos, en ese momento, Oppenheimer resulta incomprensible o, peor, un traidor, alguien en quien no se podía confiar. A esta corriente, que ponía en tela de juicio su reputación, contribuyó él mismo, una vez más, como le había ocurrido alguna vez en el pasado y le volvería a ocurrir en las audiencias del Congreso Nacional, donde sus comentarios o respuestas, a veces demasiado sinceras, o que contenían una burla a la pregunta, o que remitían al contexto y no a la nuez de la respuesta, o que parecían un devaneo, o que sugerían una confesión donde no la había, se articularon como un expediente en su contra, que ganó muchos adeptos.

El 16 de octubre de 1945 renunció a la dirección de Los Álamos. Aunque no sabía cuál sería su próximo destino profesional, continuó intentando promover criterios de contención y racionalidad en la administración Truman. En una reunión con el presidente, le dijo: “siento que tengo las manos manchadas de sangre”. Truman reaccionó mal. Hablaba de Oppenheimer como “el científico llorica”. A medida que pasaban los días, en las entrañas del poder, perdía credibilidad. De forma simultánea, el FBI lo seguía, sus enemigos sumaban páginas y páginas a su expediente, en mayo de 1946 cruzaron el límite: instalaron un micrófono en su casa. Lo investigaban en los mismos días en que los sectores más conservadores de la política estadounidense calentaban motores para poner en movimiento la maquinaria del macartismo. Oppenheimer se estaba quedando solo.

XII

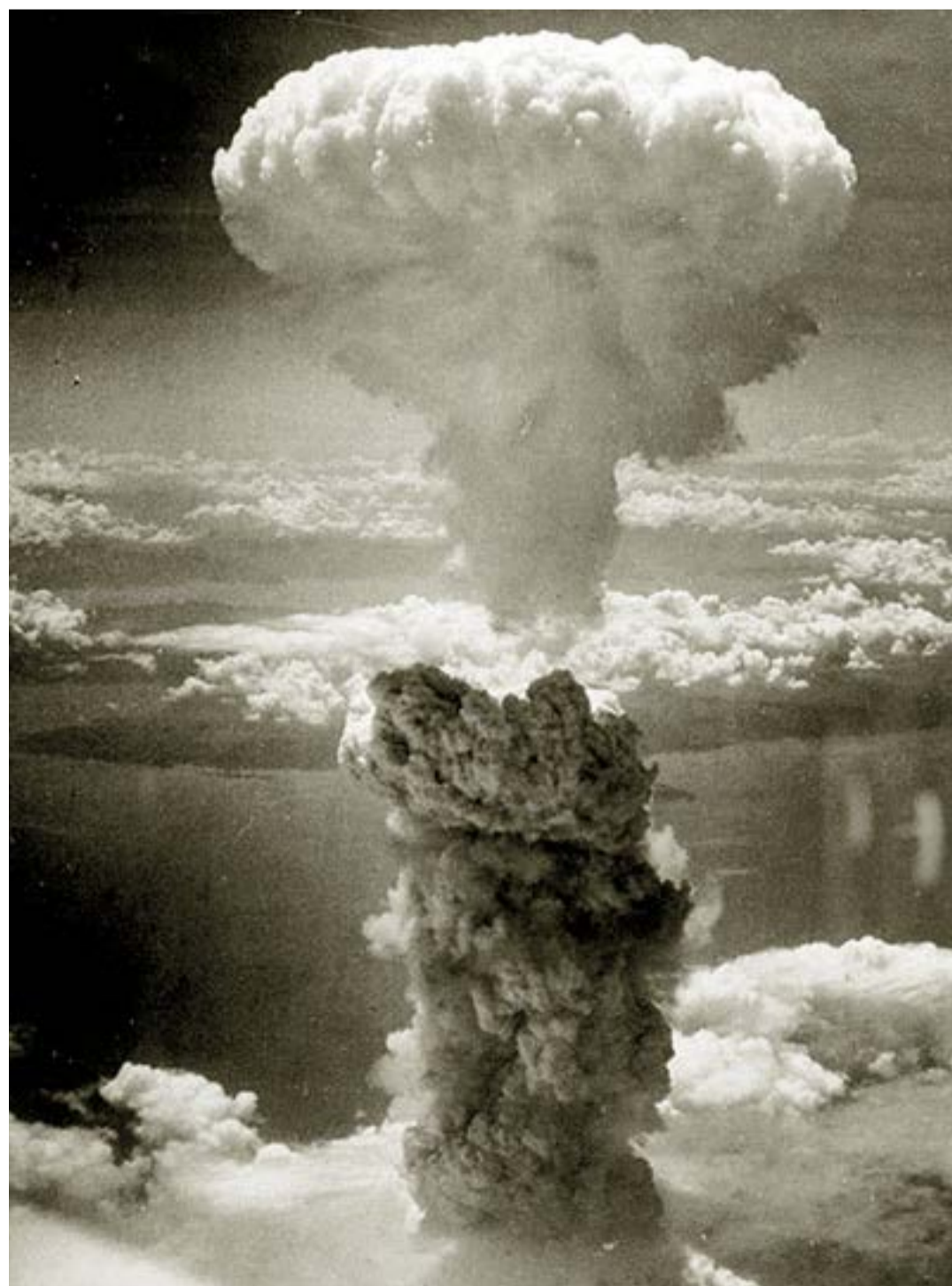
A los meses volvió a la docencia, en días en que su posición política se endurecía hacia la Unión Soviética. En julio de 1947 fue designado director del Instituto Princeton. Le asignaron una mansión, rodeada de 100 hectáreas de prados y bosques, un establo y un corral. En las paredes de ese lugar colgaron algunos de las extraordinarias obras de arte que todavía eran de su propiedad. Su despacho estaba cerca del de Einstein y del de Bohr. El lugar era una congregación de mentes brillantes. Como escribió un joven científico en su diario: es un lugar irreal. Basta caminar por los pasillos y por allí andan Einstein, Bohr, Dirac, Gödel, Eliot, Berlin, Kennan, Oppenheimer.

Entre tanto, al tiempo que hacía su trabajo, el Comité de Actividades Antiestadounidenses avanzaba. En junio de 1949 fue llamado a declarar. Su declaración fue errática, sesgada y mal enfocada: salió a la calle, con lo que su reputación continuó haciendo aguas. Sus enemigos estaban de fiesta. Así estaban las cosas cuando se vio arrastrado a la controversia de la bomba H, lo que empeoró las cosas: su posición no resultaba clara para los observadores que conocían las proyecciones en juego.

A comienzos de 1950 Oppenheimer no tiene dudas: van a por él. Quienes quieren liquidarle, ganan terreno. Los informes en su contra se sistematizan. No lo sabe: no da un paso sin que el FBI no lo sepa. Vive rodeado de micrófonos. En abril de 1954 le “suspenden” en el chequeo de seguridad de la Comisión de Energía Atómica. La reproducción del interrogatorio al que fue sometido, es la de un hombre acorralado e inseguro, delante de un implacable y seguro interrogador. También a su esposa la citan al banquillo. El 26 de mayo de 1954, la Junta emite un veredicto – dos votos a favor, uno en contra –: aunque no hay evidencias concluyentes en su contra, debía considerarse riesgoso para la seguridad nacional (por sus amistades). De seguida, le rescindieron sus credenciales de seguridad (que le permitían acceder a información de seguridad del Estado).

El siguiente capítulo tiene tinte cinematográfico: el escándalo en los diarios, cambia en 180 grados su estatuto reputacional: de siniestro “padre de la bomba atómica” se reconvierte en un científico mártir, víctima de las fuerzas más reaccionarias y antijudías. Entonces se publicaron centenares de artículos y editoriales, a su casa llegaron miles de cartas: se lo apoyaba y se lo denostaba. Durante unos meses encarnó el símbolo del intelectual perseguido. Dictó conferencias, viajó, adquirió una casa al filo de una playa en la isla de Saint John, donde se refugiaba a menudo, con su esposa y sus dos hijos. En los sesenta, con el ascenso de John Kennedy al poder y, tras su asesinato, durante el mandato de Lyndon Johnson, fue rehabilitado. En 1966 concretó su salida del Instituto Princeton, anunciada desde el año anterior. En febrero de 1966 recibió el diagnóstico que le informaba de su cáncer en la garganta (tenía 40 años fumando entre cuatro y cinco cajetillas por día). Un año después, el 18 de febrero de 1967, con sesenta y dos años, murió mientras dormía. ☹

*Prometeo americano. El triunfo y la tragedia de J. Robert Oppenheimer. Kai Bird y Martin J. Sherwin. Traducción: Raquel Marqués García. Penguin Random House Grupo Editorial. España, 2023.



BOMBA DE NAGASAKI (1945) / ARCHIVO

MEMORIA >> UNA VIDA TRÁGICA

Jean Tatlock y las fuerzas débiles

El ensayo que sigue fue publicado por la *Revista de la Universidad de México*, en su edición de febrero de 2020. Elisa Díaz Castelo (1986, México) es poeta y traductora

ELISA DÍAZ CASTELO

El mayor experto en Chaucer de los Estados Unidos, quien fuera el director del Departamento de Literatura en la Universidad de Harvard durante más de diez años, toca con insistencia la puerta de un departamento en Telegraph Hill, San Francisco. El frío de ese lluvioso 5 de enero de 1944 no merma su empeño. Dentro de la casa, silencio. Golpea con el puño cerrado, pero solo le responde el sonido de la lluvia contra el vidrio. Se rinde, baja los escalones hasta nivel de calle y se abre paso entre los arbustos que se sacuden el agua sobre sus mocasines de gamuza para llegar hasta la escalera de emergencia. Sube tan rápido como se lo permite su cuerpo torpe de intelectual, levanta una ventana y con todo y sus 67 años auestas se desliza por la apertura. No se detiene a tomar aire: se incorpora y comienza a recorrer el departamento pieza por pieza. Encuentra a Jean, su hija menor, hincada sobre unos cojines en el baño, la cabeza y los hombros sumergidos en el agua ya helada de la tina. Unos meses antes, Jean vio por última vez a Robert Oppenheimer, el director del Proyecto Manhattan y creador intelectual de la bomba atómica. Habían tenido una larga e intensa relación que naufragó a partir de que ella se negara, por segunda vez, a ser su esposa. En cuestión de dos años, Robert se casó con otra mujer, tuvo un hijo y se mudó a Los Álamos para enfrascarse en una de las aplicaciones más mortíferas que ha tenido la ciencia. A pesar de su separación, Robert y Jean continuaron viéndose en secreto y, con toda probabilidad, fueron amantes. Más tarde, Robert relataría que el último encuentro fue a petición de ella: quería reiterarle que, a pesar de su esposa e hijo, ella seguía amándolo. Poco efecto surtió esta supuesta declaración de amor imperecedero pues Robert, después de pasar la noche con Jean, tomó un avión de vuelta a su vida en Los Álamos. Sin duda nuestra propia educación sentimental nos hace fácil concebir el suicidio de Jean a la luz de este gran amor frustrado, muy al estilo de Dido, Mme. Butterfly y una legión de heroínas que se quitaron la vida tras una decepción amorosa. Sin embargo, esto implicaría recaer en nuestra propensión a interpretar cada acto de las mujeres como resultado de sus vínculos con hombres y simplificar la muerte (y la vida) de Jean Tatlock.

Nacida en 1914 en el seno de una familia intelectual, Jean manifestó desde la infancia un carácter vehemente. En 1924, durante una excursión a caballo en Colorado, ella y su familia encontraron una iglesia católica en ruinas. Adentro, la niña de diez años recogió algunas casullas polvorientas y parafernalia eclesial de variada índole e improvisó una homilía sobre su oposición a la religión, diciendo que cada día se tallaba bien la frente para limpiar el sitio donde había recibido el bautismo. La adolescencia, esa etapa de por sí tempestuosa, lo fue aún más para Tatlock. Ella escribiría al respecto años después: “Todo lo que me ha sucedido responde a las experiencias de ese periodo [...], la profundización aunque no la solución de los conflictos que se hicieron aparentes en esa época”. Por suerte, sus cartas tempranas exploran justamente esos focos neurálgicos. Desde los catorce años, por un la-



JEAN TATLOCK / LIBRARY OF CONGRESS

do, empieza a expresar la contraparte de su vitalidad; salen a relucir una profunda melancolía y desesperanza. Durante un viaje le escribe a May Sarton, su mejor amiga de la secundaria, quien se convertiría en una famosa poeta: “Mi estado mental es un desastre. Paso por más etapas y pesadillas en un solo día de lo que hubiera creído posible en un año”. A los dieciséis escribe: “una noche casi me volví loca de la desesperación y habría hecho lo que fuera bajo la tierra” [sic]. Estos eventos se presentaban de forma itinerante, interrumpidos por relatos de epifanías que ella bautizó como *iluminaciones* y que, junto a los primeros, podrían describir los rudimentos de una bipolaridad. En esas cartas tempranas, Jean muestra una preocupación por la injusticia social que más tarde encontraría un cauce en sus convicciones políticas radicales. Por último, varias veces sale a relucir una relación irresuelta con su identidad sexual, tema al cual regresaría de forma insistente en las cartas que escribió a lo largo de su vida. A los dieciséis, Jean se mudó con su familia a California tras pasar varias noches en compañía de su amiga May. Durante el trayecto, le escribió lo siguiente:

Quiero saber una cosa, estoy confundida desde que sucedió, ¿pasó o no pasó algo ayer por la noche o lo soñé todo? [...] Sentí una pasión [...] que fue pura belleza, completa y satisfactoria. Nunca antes en mi vida había sido tan profundamente feliz. Te amo [...]. ¿No es maravilloso que haya sucedido ayer en la noche pues ahora nada puede romperlo?

Lo que aquí se presenta de forma luminosa y estática reaparece a lo largo de su correspondencia en tonos sombríos y se convierte en una incógnita irresuelta que persigue a Jean hasta el final. La joven cursó la licenciatura en Vassar, una prestigiosa universidad para mujeres, donde se hizo amiga de las escritoras Elizabeth Bishop y Eleanor Clark. El inicio de sus estudios coincidió con el final de la Gran Depresión y pronto Jean descubrió el socialismo y se volvió una defensora vehemente de la causa. Fue testigo de la huelga de 65,000 trabajadores en los puertos de San Francisco y Oakland y, convencida

Trinity. Historia gráfica del Proyecto Manhattan

NELSON RIVERA

Leí *Trinity. Historia gráfica del Proyecto Manhattan* –textos de Michael Gallagher e ilustraciones de Jonathan Fetter-Vorm, traducción de Maryflor Suárez, Editorial Big Sur, España, 2023– después de haber culminado la travesía por *Prometeo americano*, biografía quizá insuperable de Robert Oppenheimer. Y quiero decir de inmediato: esta historia gráfica es excepcional, por el milimétrico cuidado con que fue producida.

¿En qué consiste la sosegada revelación que guardan sus 160 páginas? Que tal como fue resuelta, no elude la complejidad vital, histórica, geo-militar, política, científica y ética, implícita en la biografía de Oppenheimer y en el Proyecto Manhattan. No hay reduccionismos, atajos o soluciones fáciles. Los autores se internan en la enrevesada complejidad de lo ocurrido, y la exponen con las dos herramientas propias del género: textos brevísimos e ilustraciones en secuencia.

Desde la propia portada, Jonathan Fetter-Vorm (1983, Estados Unidos, autor de una célebre historia gráfica de la Guerra Civil de su país, junto al historiador Ari Kelman) advierte al lector, el tono predominante del recorrido: oscuro y pesados, preludio del trágico final que tendrá el Proyecto Manhattan: las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, la atroz solución militar que el poder estadounidense utilizó para poner fin a la Guerra del Pacífico (1937-1945).

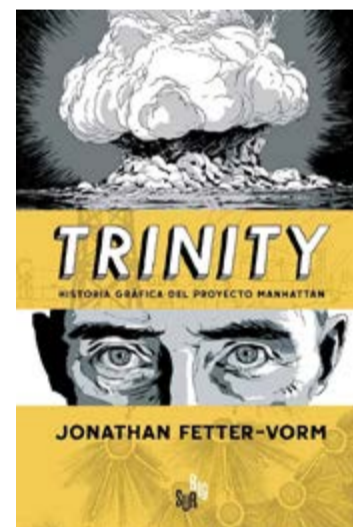
Fetter-Vorm escenifica un pensamiento visual propio de un cineasta: cambia los planos del relato; hace constante uso de la técnica de montaje; introduce breves ensayos gráficos para asegurar la comprensión detallada del lector (como, por ejemplo, las páginas que dedica a explicar qué es la fisión nuclear y qué ocurre cuando se produce una reacción en cadena); va construyendo un tenso escenario narrativo, que irrumpe con gran intensidad, en dos ocasiones: la primera vez, cuando se produce la operación Trinity –el ensayo de la explosión atómica en territorio de Estados Unidos– y, la segunda, cuando los bombardeos estadounidenses dejan caer las dos devastadoras bombas en Japón. La minuciosa concepción de Fetter-Vorm y Gallagher llega a este culmen: en el libro se plasma la reacción atómica, segundo a segundo.

por sus demandas, escribió un artículo para apoyarla. Poco después se convirtió en una colaboradora frecuente de *Western Worker*, un famoso periódico del Partido Comunista. En 1936 Mary Ellen Washburn, una de las amigas

más cercanas de Jean y también miembro del Partido, organizó una fiesta en su casa en Berkeley. Ahí Jean conoció al inquilino de su amiga, un hombre inquieto, de rasgos afilados y ojos azules. A partir de ese primer encuentro, Jean

y el físico nuclear Robert J. Oppenheimer comenzaron a salir. Él era ingenuo políticamente y ella se encargó de introducirlo al pensamiento radical y al Partido Comunista. Fue tan eficiente que durante la Guerra Civil española Robert se volvió un arduo defensor de la República. Jean y Robert también compartieron su gusto por la poesía. Ella siempre fue una lectora ardua de este género: de niña recitaba de memoria la “Balada del viejo marinero”, de Coleridge, y durante la adolescencia sus cartas estaban saturadas de poemas de Edna St. Vincent Millay. Gracias a Jean, Robert descubrió la obra de John Donne, el poeta metafísico inglés cuyo poema “Trinity” tendría un papel insólito en la primera prueba de la bomba.

Jean decidió especializarse en psiquiatría y psicoanálisis y cursó la carrera de medicina en la prestigiosa Universidad de Stanford. Ahí conoció a Siegfried Bernfeld, un doctor en filosofía que había estudiado con Freud y quien habría de convertirse en su mentor y psicoanalista. Durante el verano de 1939 la joven trabajó con niños en una clínica psiquiátrica en Nueva York. Le fascinaba e inquietaba, en sus propias palabras, “no solo el componente psicológico que hay en dichas condiciones [psiquiátricas], sino también el elemento ambiental y social”. En 1940, a pesar de una serie de recaídas depresivas, Jean se graduó como médico. En esa época Robert volvió a pedirle matrimonio sin éxito y la relación perdió fuerza hasta desintegrarse. Determinada a seguir adelante con su vocación, ella se mudó a Washington D. C. para realizar una residencia en St. Elizabeths, el hospital psiquiátrico público más antiguo de los Estados Unidos. En 1941 el hospital contaba con más de mil pacientes y había introducido tratamientos entonces novedosos como terapia psicoanalítica, arte y psicodrama. Un año después Jean volvió a California para trabajar en el Hospital Mt. Zion de San Francisco bajo la asesoría de Siegfried Bernfeld, cuya teoría de orientación marxista-freudiana compaginaba sus dos intereses principales. Para entonces eran tan profundos sus periodos depresivos que ella misma tuvo que ser tratada en Mt. Zion y, a pesar de sus intentos por recuperarse, murió poco tiempo después. Unos meses más adelante, cuando los años de trabajo en el Proyecto Manhattan rindieron sus frutos oscuros, Robert Oppenheimer nombró a la primera bomba atómica “Trinity” en referencia al poema de John Donne que Jean le había enseñado. Muchos afirman que se trata de un tributo (bastante lúgubre, por cierto) a la vida de su expareja. En realidad, un ánimo especulativo, falto de certezas, rodea todo lo relacionado con Jean. Hay quienes están convencidos, por ejemplo, de que el gobierno de los Estados Unidos, inculcado por el germen de lo que más adelante sería el macartismo, la mandó a matar por sus afinidades políticas. Es un hecho que, durante su último encuentro, Jean y Robert fueron vigilados a detalle y que el físico estuvo a punto de perder su puesto por encontrarse con una mujer conocida por sus ligas con el comunismo. Las incógnitas en torno a la vida de Jean se potenciaron por una acción enigmática y en apariencia inexplicable: su padre no llamó en seguida a la ambulancia cuando la encontró muerta en la bañera, más bien, colocó el cadáver empapado sobre el sillón y se abocó a repasar y quemar muchas de sus cartas. Como sucede con las historias de tantas mujeres cuyas labores han sido invisibilizadas y trivializadas, poco se sabe con certeza en torno a la vida de Jean Tatlock. Quedan las cartas que se salvaron del fuego, la pobre prosa de los militares que vigilaron a los amantes esa última noche: “Su relación parecía muy íntima y cercana, a las 11 pm se apagaron las luces”. Quedan los datos contundentes de la autopsia: “29 años. 117 libras. Ojos: verdes. Pelo: café”. Su corazón pesaba 240 gramos. ●



Junto al que dedicó a Rudyard Kipling, "Matar un elefante" es uno de los ensayos fundamentales de la primera etapa de George Orwell como escritor. Apareció publicado en el segundo número de *New Writing*, en 1936, el año en que fue fundado por John Lehmann. En la misma colaboraron autores como Auden, Isherwood y Spender. La versión que sigue ha sido traducida por Francisco Suniaga, narrador venezolano

GEORGE ORWELL >> 120 AÑOS DE SU NACIMIENTO (1903-1950)

Matar un elefante



ERIC BLAIR (GEORGE ORWELL), TERCERO DE PIE, DE IZQUIERDA A DERECHA, EN BIRMANIA / ARCHIVO

GEORGE ORWELL.
TRADUCCIÓN: FRANCISCO SUNIAGA

En Moulmein, baja Birmania, me odiaba mucha gente —única vez en mi vida en que he sido lo suficientemente importante como para que eso pasara—. Era oficial de policía en una división de ese pueblo donde, de manera indiscriminada, y tal vez miserable, existía un amargo sentimiento antieuropeo. Nadie se atrevía a organizar una protesta violenta, pero si a una mujer europea se le ocurría ir sola a los bazares, probablemente cualquiera le escupiría el vestido con su saliva roja de betel. Como agente de policía, era un blanco obvio y me provocaban siempre que contaran con un margen de seguridad para hacerlo. Cuando un birmano ágil y habilidoso cargó sobre mí en un partido de fútbol, y el árbitro, también birmano, miró hacia otro lado, el público lo celebró con mofas y risas estruendosas. Y el episodio se repitió varias veces. Al final, los rostros amarillos burlones de los jóvenes que encontraba en cualquier parte y los insultos que me proferían cuando estaba a cierta distancia de ellos, terminaron por trastornarme. Los peores eran los monjes budistas más jóvenes. Había varios miles de ellos en la ciudad y parecían no tener otra cosa que hacer que juntarse en las esquinas y gritarles estupideces a los europeos.

Eso me dejaba perplejo y hacía infeliz, pues en aquellos tiempos ya había llegado a la conclusión de que el imperialismo era algo perverso y mientras más pronto renunciara a mi posición y saliera de ese lugar, mejor. En teoría —y en secreto, por supuesto— estaba en favor de los birmanos y en contra de sus opresores, los británicos. En cuanto al oficio que me tocaba realizar, lo odiaba tanto que no podría explicarlo. En un trabajo como el que tenía, se podía apreciar de cerca el funcionamiento sucio de un imperio. Los míseros prisioneros hacinados en celdas pestilentes, las caras grises y atemorizadas de los condenados a largas penas, las nalgas con cicatrices de los hombres que habían recibido azotes humillantes con varas de bambú; cosas que me oprimían con un sentimiento de culpa intolerable. Pero no podía poner las cosas en perspectiva. Era joven, carecía de la educación necesaria y debía meditar sobre mis problemas en el silencio absoluto que le es impuesto a cada inglés en el Oriente. Ni siquiera sabía que el imperio británico se estaba muriendo, y mucho menos que, aun así, era bastante mejor que los imperios jóvenes que iban a suplantarlo. Lo único de lo que estaba seguro era de mi atascamiento entre mi odio por el imperio al que servía y mi rabia por las malvadas pequeñas bestias que me hacían la vida imposible. Con una parte de mi mente concebía al imperio británico como

una tiranía irrompible, algo remachado por *saecula saeculorum* sobre las voluntades de pueblos postrados; con la otra, pensaba que mi mayor alegría en el mundo sería clavar una bayoneta en las tripas de un monje budista. Sentimientos como estos son subproductos normales del imperialismo, pregunten si no a cualquier oficial anglo-indio, si lo encuentran fuera de servicio.

Un día ocurrió algo que fue esclarecedor de manera rotunda. En sí mismo un pequeño incidente, pero me permitió una mirada más nítida de la que ya tenía sobre la verdadera naturaleza del imperialismo —los motivos reales que mueven a los gobiernos despóticos—. Temprano en la mañana, el subinspector de una estación de policía, al otro lado de la ciudad, me llamó por teléfono para decirme que un elefante estaba destrozando el bazar. ¿Podría, por favor, ir y hacer algo al respecto? No tenía idea de qué podía hacer en tal situación, pero quise ver lo que estaba sucediendo, tomé un caballo y salí. Llevaba mi rifle, un viejo Winchester 44, calibre bajo para matar un elefante, pero pensé que su ruido podía ser útil *in terrorem*. Varios birmanos me detuvieron en el camino para hablarme del animal. No se trataba, por supuesto, de un elefante salvaje, sino de uno manso trastornado por el *must*¹. Había sido encadenado, como se hace siempre con cualquier elefante domado cuando se le presenta su período de *must*, pero durante la noche había roto las cadenas y escapado. Su *mahout*², la única persona capaz de manejarlo cuando estaba en esa condición, había salido en su búsqueda, pero se equivocó de rumbo y se encontraba en ese momento a doce horas de jornada. En la mañana, el elefante había reaparecido súbitamente en el pueblo. Los birmanos no tenían armas y estaban a merced de una fiera, que ya había destruido una choza de bambú, matado una vaca, cargado contra estanterías de frutas y devorado su contenido; también había arremetido contra el vehículo de recoger la basura, y después de voltearlo, ejercer violencia sobre él y causarle daños. El conductor, por suerte, había logrado dejar el volante y huir.

El subinspector birmano y unos agentes de policía indios me estaban esperando en el lugar donde el elefante había sido visto. Era un barrio muy pobre, un laberinto de casas de bambú escuálidas, con techos de hojas de palma, arremolinadas en torno a una colina empinada. Recuerdo que era una mañana nubosa y húmeda al comienzo de las lluvias. Interrogamos a los vecinos sobre la dirección que había tomado el elefante y, como solía ocurrir, no obtuvimos una información definitiva. Ese es invariablemente el caso en el Oriente, una historia siempre suena clara a la distancia, pero mientras más cerca se está del lugar de los hechos, más vaga se torna. Algunos afirmaban que se

había ido en una dirección, otros que había tomado una distinta y algunos otros afirmaban que ni siquiera habían oído hablar del elefante. Ya me había convencido de que todo el cuento era un montón de mentiras, cuando escuchamos gritos a corta distancia. Hubo uno particularmente alto y escandaloso, "¡Aléjate de ahí, niño! ¡Aléjate de inmediato!". Y una anciana con un chappero en la mano dobló por la esquina de una choza, espantando violentamente a un grupo de niños desnudos. Otras mujeres la seguían, chasqueando la lengua en medio de exclamaciones; obviamente había algo que los niños no debieron haber visto. Rodeé la choza y vi el cadáver de un hombre aplastado de manera grotesca en el barro. Se trataba de un indio, un *coolie*³ negro, dravídico, semi-desnudo, muerto hacía pocos minutos. Los testigos decían que el elefante lo había atacado de manera súbita cerca de la choza; lo atrapó con su trompa, le puso una de sus patas en la espalda y lo apretó contra el suelo, arrastrándolo. Era la estación de lluvias, la tierra estaba suave y había abierto con su cara una zanja de un pie de profundidad y un par de yardas de largo. Yacía sobre el abdomen con los brazos en cruz y la cabeza doblada hacia un lado. Su rostro estaba cubierto de fango, con los ojos abiertos, y los dientes desnudos, con una expresión de insoportable ago-

nía. (A propósito, nunca me digan que los muertos lucen en estado de paz. La mayoría de los cadáveres que he visto, reflejaban el espanto de la muerte). La fricción de la enorme pata de la bestia había rasgado la piel de su espalda tan limpiamente como se puede despellejar un conejo. Tan pronto como vi al muerto, envié a alguien a la casa cercana de un amigo a pedir prestado un rifle para elefantes. Ya había devuelto el caballo, no quería que se trastornara por el miedo y me derribara, si olía al elefante.

El enviado regresó en pocos minutos con un rifle y cinco cartuchos, en ese lapso, algunos birmanos se nos habían acercado y dicho que el elefante estaba en un arrozal en la parte baja, a solo unos cientos de yardas. Apenas comencé a caminar, prácticamente todos los habitantes del barrio salieron de sus casas y me siguieron. Habían visto el rifle y gritaban excitados que iba a matar al elefante. No habían mostrado mucho interés en él cuando solo estaba destrozando sus hogares, pero ahora que iban a darle muerte, era diferente. Era un entretenimiento para ellos, como habría sido para una multitud inglesa; además querían la carne. Eso me inquietaba vagamente. No tenía intención de matar al elefante —solo había enviado por el rifle para defenderme si llegaba a ser necesario— y siempre resulta desconcertante tener una muche-

dumbre detrás de ti. Marché colina abajo, me sentía como un tonto, con el rifle sobre mi hombro y un ejército creciente de personas pisándome los talones. En la explanada, al salir de las chozas, había una vía asfaltada y, al otro lado de ella, campos de arroz yermos, fangosos, de unas mil yardas de ancho, todavía sin trabajar aunque empapados por las primeras lluvias y salpicados de parches de hierba gruesa. El elefante estaba parado a unas ocho yardas de la carretera, con su lado izquierdo hacia nosotros. No se dio por enterado de la aproximación del gentío. Arrancaba haces de hierba con su trompa, luego los golpeaba contra sus patas para limpiarlos y metérselos en la boca.

Me había detenido en la carretera. Apenas lo vi supe con perfecta certidumbre que no debía dispararle. Es una cosa seria matar a un elefante de trabajo —comparable a destruir una maquinaria grande y costosa— y es obvio que no debe hacerse si puede evitarse. A la distancia en la que se encontraba, comiendo pacíficamente, lucía tan peligroso como podría ser una vaca. Creía entonces, y creo aún, que estaba superando su ataque de *must*, en cuyo caso se limitaría a estar inofensivo por ahí hasta que su *mahout* apareciera y se lo llevara. Más aún, lo menos que quería hacer era matarlo. Decidí observarlo por un rato, hasta asegurarme de que no iba a trastornarse de nuevo e irme a casa.

Pero en ese momento miré alrededor; a la multitud que me había seguido. Era una muchedumbre, dos mil personas por lo menos, y en aumento con cada minuto. Bloqueaba un gran segmento de la ruta por ambos lados. Miré a aquel mar de felices caras amarillas, con sus vestimentas llamativas, excitados por la eventual diversión, todas seguras de que el elefante iba a morir. Me miraban como habrían mirado a un prestidigitador que va a realizar un truco. Ellos no me querían, pero con el rifle mágico en mis manos, valía la pena mirarme por un rato. Y súbitamente entendí que, después de todo, tendría que matar al elefante. Era lo que la gente esperaba de mí y tendría que hacerlo; podía sentir sus dos mil voluntades presionándome de manera irresistible para que lo hiciera. Y fue en ese preciso instante, mientras estaba ahí con el rifle en mis manos, que por primera vez tuve la visión de la vaciedad, de lo fútil del dominio del hombre blanco en el Oriente. Allí estaba yo, el hombre blanco con su arma, de pie frente a una multitud de nativos desarmados —un aparente actor principal; que en realidad era una marioneta absurda, empujada de aquí y allá por la voluntad de aquellas caras amarillas detrás suyo—. Percibí en ese momento que cuando el hombre blanco se vuelve un tirano es su propia libertad la que destruye. Se convierte en una suerte de muñeco vacío, la figura convencional de un *sahib*⁴. Porque su poder está condicionado a que malgaste su vida tratando de impresionar a los "nativos", de modo que en cada crisis deba hacer lo que ellos esperan de él. Usa una máscara, y su cara debe crecer para alcanzar su talla. Me había comprometido a matar el elefante cuando mandé a buscar el rifle. Un *sahib* debe actuar como un *sahib*; debe aparecer resuelto, saber lo que quiere y actuar con certidumbre. Haber andado todo el camino, armado con un rifle, con dos mil personas detrás y entonces irme sin haber hecho nada —no, esa era una debilidad imposible de mostrar—. La gente se habría reído de mí. Y toda mi vida, y la de cada hombre blanco en Oriente, era una larga lucha para no ser objeto de risa.

(Continúa en la página 6)

- 1 *Must*, palabra de origen hindi y urdu para designar el período de celo del elefante macho.
- 2 *Mahout*, del hindi, la persona que maneja y conoce a un elefante.
- 3 *Coolie*, (culi, en español) en tiempos coloniales, trabajador no calificado, sirviente.
- 4 *Sahib*, en la India colonial, término respetuoso para referirse al hombre blanco.

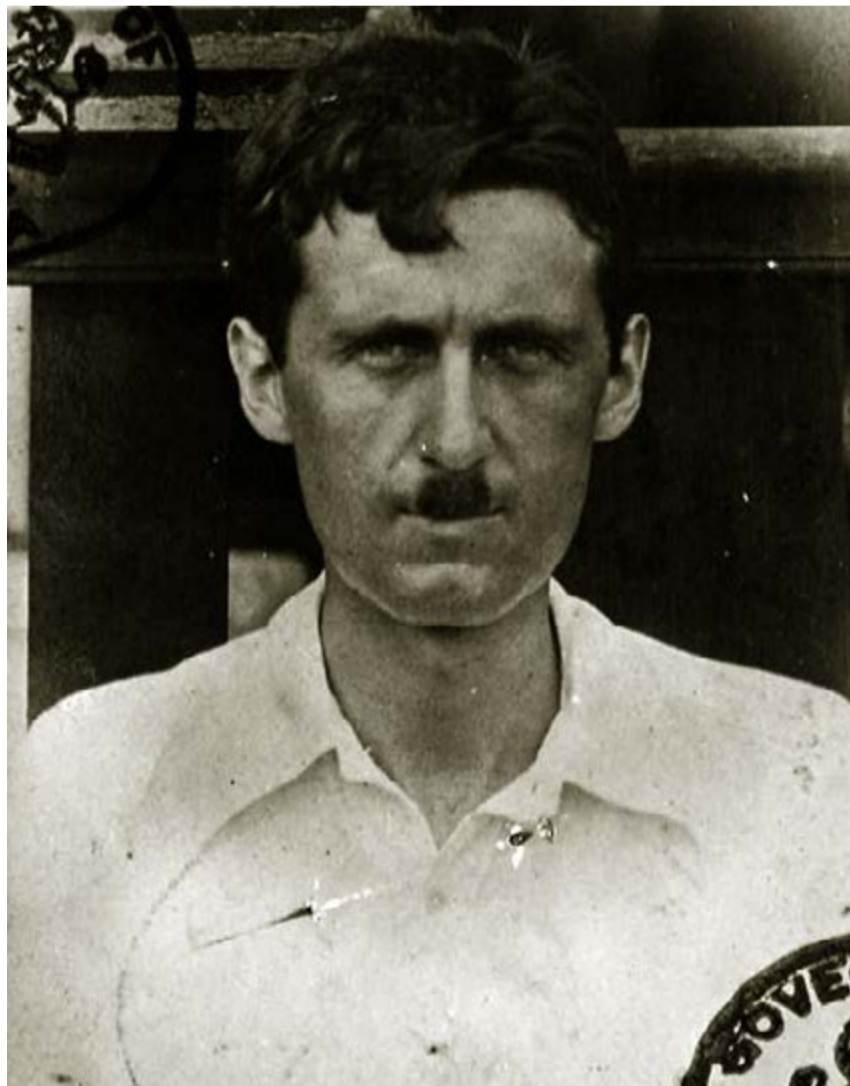


FOTO DE PASAPORTE DE ERIC BLAIR (GEORGE ORWELL) / ARCHIVO

GEORGE ORWELL >> 120 AÑOS DE SU NACIMIENTO (1903-1950)

Las ideas de Orwell siguen vigentes 75 años después de *Rebelión en la granja*

El ensayo que sigue apareció publicado por *The Conversation*, el 12 de agosto de 2021. Su autor es profesor de filosofía en Wayne State University

MARK SATTA

Hace 75 años, en agosto de 1946, se publicó en Estados Unidos *Rebelión en la granja* de George Orwell. Fue un gran éxito, con más de medio millón de ejemplares vendidos en su primer año.

A Rebelión en la granja le siguió, tres años después, un éxito aún mayor: La novela distópica de Orwell *1984*.

Los escritos de Orwell han dejado una marca indeleble en el pensamiento y la cultura posteriores. Las ventas de *Rebelión en la granja* y *1984* se dispararon en 2013 después de que el internauta Edward Snowden filtrara documentos confidenciales de la Agencia de Seguridad Nacional. Y *1984* subió a la cima de la lista de los más vendidos de Amazon después de la investidura presidencial de Donald Trump en 2017.

Como profesor de filosofía, me interesa relevancia actual de las ideas de

Orwell, incluidas las relativas al totalitarismo y al socialismo.

Primeros años de carrera

George Orwell era el seudónimo de Eric Blair. Nacido en 1903 en la India colonial, Blair se trasladó posteriormente a Inglaterra, donde asistió becado a colegios de élite. Al terminar los estudios, se incorporó a la administración pública británica, trabajando en Birmania, actual Myanmar. A los 24 años, Orwell regresó a Inglaterra para convertirse en escritor.

Durante la década de 1930, Orwell tuvo un modesto éxito como ensayista, periodista y novelista. También sirvió como soldado voluntario con un grupo de milicianos de izquierdas que luchó en nombre de la II República durante la Guerra Civil Española. Durante el conflicto, Orwell experimentó cómo la propaganda podía dar forma a los relatos políticos al observar la información inexacta de los acontecimientos que vivió de primera mano.

Orwell más tarde resumió el propósito de su escritura a partir de la Guerra Civil:

“Cada línea de trabajo serio que he escrito desde 1936 ha sido, directa o indirectamente, contra *el totalitarismo* y por *el socialismo democrático*”.

Orwell no especificó en ese pasaje lo que quería decir con totalitarismo o socialismo democrático, pero algunas de sus otras obras aclaran cómo entendía esos términos.

¿Qué es el totalitarismo?

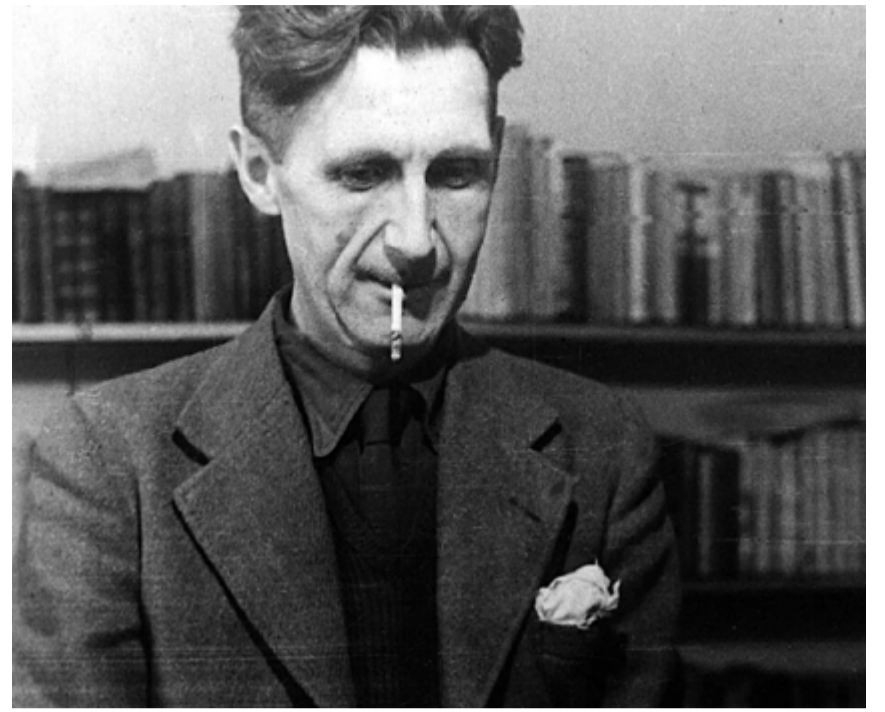
Para Orwell, el totalitarismo era un orden político centrado en el poder y el control. La actitud totalitaria es-

tá ejemplificada por el antagonista, O'Brien, en *1984*. El ficticio O'Brien es un poderoso funcionario del gobierno que utiliza la tortura y la manipulación para obtener poder sobre los pensamientos y acciones del protagonista, Winston Smith. Significativamente, O'Brien trata su deseo de poder como un fin en sí mismo. O'Brien representa el poder por el poder.

Gran parte de las ideas más destacadas de Orwell se refieren a lo incompatible con el totalitarismo. En su ensayo de 1941 “El león y el unicornio”, Orwell escribe sobre “La idea totalitaria de que no existe la ley, solo existe el poder...”. En otras palabras, las leyes limitan el poder de un gobernante. El totalitarismo busca borrar los límites de la ley mediante el ejercicio desinhibido del poder.

Del mismo modo, en su ensayo de 1942 sobre la Guerra Civil española “*Looking Back on the Spanish War*”, Orwell sostiene que el totalitarismo debe negar los hechos neutros y la verdad objetiva. Orwell identifica la libertad y la verdad como “salvaguardas” contra el totalitarismo. El ejercicio de la libertad y el reconocimiento de la verdad son acciones incompatibles con el control centralizado total que requiere el totalitarismo. Orwell entendía que el totalitarismo podía encontrarse en la derecha y en la izquierda política. Para Orwell, tanto el nazismo como el comunismo eran totalitarios.

La obra de Orwell, en mi opinión, nos insta a impedir que los líderes tengan un comportamiento totalitario, independientemente de su afiliación política. También nos recuerda que algunas de nuestras mejores herramientas pa-



GEORGE ORWELL / ARCHIVO

ra resistir el totalitarismo son decir la verdad y preservar la libertad.

¿Qué es el socialismo democrático?

En su libro de 1937 *El camino al muelle de Wigan*, Orwell escribe que socialismo significa “justicia y libertad”. La justicia a la que se refiere va más allá de la mera justicia económica. También incluye la justicia social y política. Orwell profundiza en lo que entiende por socialismo en “El león y el unicornio”. Según él, el socialismo requiere “una igualdad aproximada de ingresos (no necesita ser más que aproximada), democracia política y la abolición de todos los privilegios hereditarios, especialmente en la educación”.

Al desarrollar en el mismo ensayo qué quiere decir con “igualdad aproximada de ingresos”, Orwell dice que la igualdad de ingresos no debería ser mayor que una proporción de aproximadamente 10 a 1. En su interpretación actual, esto sugiere que Orwell podría encontrar ético que un director general gane 10 veces más que sus empleados, pero no que gane 300 veces más, como hace el director general medio en Estados Unidos hoy en día.

Pero al describir el socialismo, Orwell habla de algo más que de la desigualdad económica. Los escritos de Orwell indican que su concepción preferida del socialismo también requiere “democracia política”. Co-

mo ha señalado el académico David Dwan, Orwell distinguía “dos conceptos de democracia”.

El primer concepto se refiere a que el poder político recaiga en el pueblo llano. El segundo se refiere a la existencia de libertades liberales clásicas, como la libertad de pensamiento. Ambas nociones de democracia parecen relevantes para lo que Orwell entiende por socialismo democrático. Para Orwell, el socialismo democrático es un orden político que proporciona igualdad social y económica al tiempo que preserva una sólida libertad personal.

Creo que la descripción de Orwell del socialismo democrático y su reconocimiento de que son varias formas que puede adoptar el socialismo siguen siendo importantes hoy en día, dado que el diálogo político estadounidense sobre el socialismo a menudo pasa por alto muchos de los matices que Orwell aporta al tema. Por ejemplo, los estadounidenses suelen confundir el socialismo con el comunismo. Orwell ayuda a aclarar la diferencia entre estos términos.

Con los altos niveles de desigualdad económica, los ataques políticos a la verdad y las renovadas preocupaciones sobre el totalitarismo, las ideas de Orwell siguen siendo tan relevantes ahora como hace 75 años. ☪

*Mark Satta es profesor de Filosofía en Wayne State University.

Matar un elefante

(viene de la página 5)

Pero no quería matar al elefante. Lo miraba batir los mazos de hierba contra sus rodillas, con ese aire de abuela preocupada que tienen los elefantes. Me parecía que dispararle sería un crimen. A aquella edad no tenía muchos escrúpulos para matar un animal, pero nunca había matado un elefante ni querido jamás hacerlo. (De alguna manera siempre luce peor cuando se trata de un animal grande). Además, había que considerar al dueño de la bestia. Vivo, el elefante valdría por lo menos cien libras; muerto, solo alcanzaría el valor de sus colmillos, unas cinco libras, si acaso. Pero tenía que actuar rápido. Volté hacia unos birmanos, experimentados en apariencia, que estaban allí antes de nuestro arribo, y les pregunté cómo se había estado comportando el elefante. Respondieron lo mismo: si lo deja tranquilo, podría no alterarse, pero si se le acerca mucho, podría atacarlo.

Para mí estaba perfectamente claro lo que debía hacer: caminar hasta alcanzar unas veinticinco yardas de distancia del elefante y probar su conducta. Si cargaba sobre mí, podría dispararle, si se mantenía quieto, entonces no habría problema en dejarlo tranquilo hasta que el *mahout* regresara. Pero también sabía que no iba a hacer eso. Era un mal tirador con un rifle y la tierra era un barro flojo en el que me hundiría con cada paso. Si el animal me embestia y fallaba el tiro, tendría tantas posibilidades como las de un sapo bajo una aplanadora. Pero ni siquiera entonces estaba pensando en mi propio pellejo, sino en las inqui-

sitivas caras amarillas detrás de mí. Porque en ese momento, con la multitud observándome, no estaba asustado como lo habría estado si hubiera estado solo. Un hombre blanco no debe asustarse frente a los “nativos”, y así, en general, nunca está asustado. El único pensamiento en mi mente era que, si algo salía mal, esos dos mil birmanos verían cómo un elefante me iba a perseguir, atrapar y destruir, reduciéndome a un cadáver con los dientes expuestos, como el del indio en la colina. Y si eso ocurría, era bastante probable que muchos de ellos se rieran. Jamás permitiría que eso me pasara.

Había una sola alternativa. Introduje los cartuchos en el cargador y bajé el terraplén de la carretera para tener un mejor ángulo de tiro. La multitud se aquietó, y un suspiro profundo, bajo y feliz, como el de la gente en una sala de teatro que al fin mira subir el telón, brotó de cada una de las gargantas. Después de todo, iban a tener su diversión. El rifle era una hermosa pieza alemana con una mira en cruz. En aquel entonces ignoraba que al dispararle a un elefante se debe apuntar al centro de una barra imaginaria que va del hueco de un oído al otro. Debía, por lo tanto, visto que el animal estaba de lado, apuntar directo al hueco del oído correspondiente, pero en realidad lo hice varias pulgadas más adelante, porque creía que allí estaría su cerebro.

Cuando halé el gatillo, no escuché la detonación ni sentí el golpe del retroceso —nunca se siente cuando has acertado el tiro—, pero escuché el rugido de alegría diabólica que emanó de la muchedumbre. En un instante,



MUERTE DE JUMBO TRAS CHOCAR CON UNA LOCOMOTORA EL 15 DE SEPTIEMBRE DE 1885 EN ST. THOMAS, ONTARIO / ARCHIVO

muy corto aún, pensaría uno, para que la bala lo hubiera alcanzado, un cambio misterioso y terrible se había producido en el elefante. Ni se sacudió ni cayó, pero cada perfil de su cuerpo se había alterado. De repente lució conmocionado, encogido, increíblemente viejo, como si el impacto de la bala lo hubiese paralizado sin derribarlo. Al final, después de lo que pareció un largo tiempo —quizás cinco segundos, me atrevería a decir— se postró flácidamente de rodillas. Su boca babeaba. Una pátina densa de senilidad parecía haber caído sobre él. Cualquiera habría imaginado que tenía miles de años. Disparé de nuevo en el mismo punto. Con ese segundo disparo, no cayó sino que, con desesperante lentitud, patas temblorosas y gran debilidad, se puso de pie e inclinó la cabeza con languidez. Disparé por tercera vez. Y ese fue el tiro que lo acabó. Se podía ver cómo la agonía agitaba todo su cuerpo y destruía los últimos remanentes de fuerza en sus miembros. Pero al caer, pareció levantarse por un momento porque cuando sus patas traseras colapsaron, cual

una roca que se voltea, dio la impresión de que se elevaba, con su tronco al cielo, como un árbol. Hizo sonar su trompa por primera y única vez. Y entonces se desplomó, su panza hacia mí, con un golpe que hizo temblar la tierra incluso hasta donde me hallaba.

Me levanté. Los birmanos ya me sobrepasaban corriendo entre el lodo. Era obvio que el elefante no podría levantarse más, pero no estaba muerto. Respiraba rítmicamente con jadeos muy largos, y su costado voluminoso subía y bajaba de manera dolorosa. Su boca estaba muy abierta —podía ver muy adentro en las cavernas rosadas de su garganta—. Esperé un largo rato a que muriera, pero su respiración no se hacía más débil. Finalmente, disparé los dos cartuchos restantes en el punto donde creí que debía estar su corazón. La sangre brotó de él espesa como un terciopelo rojo, pero aun así no murió. Cuando los tiros entraron en su cuerpo ni siquiera reaccionó, continuó sin pausa su respiración torturadora. Estaba muriendo muy lentamente, con gran agonía, pero en algún mundo remoto, lejano del mío,

donde ni siquiera una bala podría hacerle más daño. Sentí que debía poner fin a ese ruido espantoso. Era horrible ver a aquella gran bestia, yaciendo ahí, sin fuerzas para moverse y sin fuerzas para morir, y ni siquiera ser capaz de terminar con ella. Mandé a buscar mi rifle pequeño y disparé un tiro tras otro en su corazón y en el fondo de su garganta. No parecieron causar efecto alguno. Los jadeos angustiados continuaron tan persistentes como el tictac de un reloj. Al final, no aguanté más y me largué de allí. Después escuché que le había tomado media hora más morir. Los birmanos estaban trayendo cuencos y cestas incluso antes de mi partida, y me contaron que, para la tarde, ya habían descarnado su cuerpo hasta dejarlo casi en los huesos.

Por supuesto, durante un tiempo, hubo discusiones interminables acerca de la muerte a tiros del elefante. El dueño estaba furioso, pero solo era un indio y nada podía hacer. Además, yo había actuado de manera correcta según la ley, porque a un elefante enloquecido hay que matarlo, como a un perro, si su dueño no puede controlarlo. Entre los europeos las opiniones estaban divididas. Los más viejos afirmaban que había hecho lo correcto, los más jóvenes decían que era una vergüenza matar un elefante porque había matado a un *coolie*, visto que un elefante vale más que cualquier maldito *coolie coringhee*. Y finalmente, fue bueno para mí que el elefante hubiera aplastado al *coolie*; eso me mantuvo dentro de la ley y fue suficiente pretexto para matarlo. Siempre me pregunté si alguno entre los demás europeos habría percibido que lo había hecho solo para no parecer un tonto. ☪

1 *Coolie coringhee*: Indio emigrado a la Birmania colonial inglesa.

ANIVERSARIO >> 300 AÑOS DEL NACIMIENTO DE ADAM SMITH (1723-1790)

Se le tiene como el creador de la moderna economía. En Smith se reunieron el científico, el economista y el hombre que observaba el mundo desde su interés por la filosofía. Reconocido conferencista, escribió *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, libro que ha marcado el desarrollo del pensamiento económico

JULIO H. COLE

Dos siglos después de su muerte, Adam Smith es aún considerado por muchos como la figura más importante en la historia del pensamiento económico. Su célebre obra *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones* dio a luz el espíritu del capitalismo moderno, y presentó su justificación teórica en una forma que dominó el pensamiento de los más influyentes economistas del siglo XIX y que sigue inspirando a los defensores del mercado libre, e incluso hoy en día.

Sin embargo, aunque pocas personas cuestionarían su importancia para la historia de la ciencia económica, es importante recordar que Smith no era únicamente (ni acaso principalmente) un economista de hecho, en sus tiempos la economía aún no se había desarrollado como disciplina independiente. y él mismo consideraba su *Riqueza* como una exposición parcial de una obra más amplia sobre “los principios generales de la ley y del gobierno, y de las diferentes revoluciones que en estas se han producido en las diferentes épocas y periodos de la sociedad”, obra que deseaba escribir pero que nunca llegó a completar. Más aún, incluso en *La riqueza de las naciones* es evidente que para Smith la ciencia económica era mucho más que la teoría de precios, producción y distribución, moneda y banca, finanzas públicas, comercio internacional, y crecimiento económico, campos que hoy en día se consideran como especialidades en sí mismas. Naturalmente que todos estos temas se discuten en el libro, pero también incluye detalladas discusiones sobre tópicos tan diversos como historia eclesiástica, demografía, política educacional, ciencias militares, agricultura, y asuntos coloniales. En efecto, la amplitud de sus intereses, que abarcaban no solo economía, ética, filosofía política, y jurisprudencia, sino también literatura (antigua y moderna), lingüística, psicología, y la historia de la ciencia, debe asombrar al moderno especialista, pero no menos asombrosa es la profundidad analítica que exhibe en todos sus estudios.

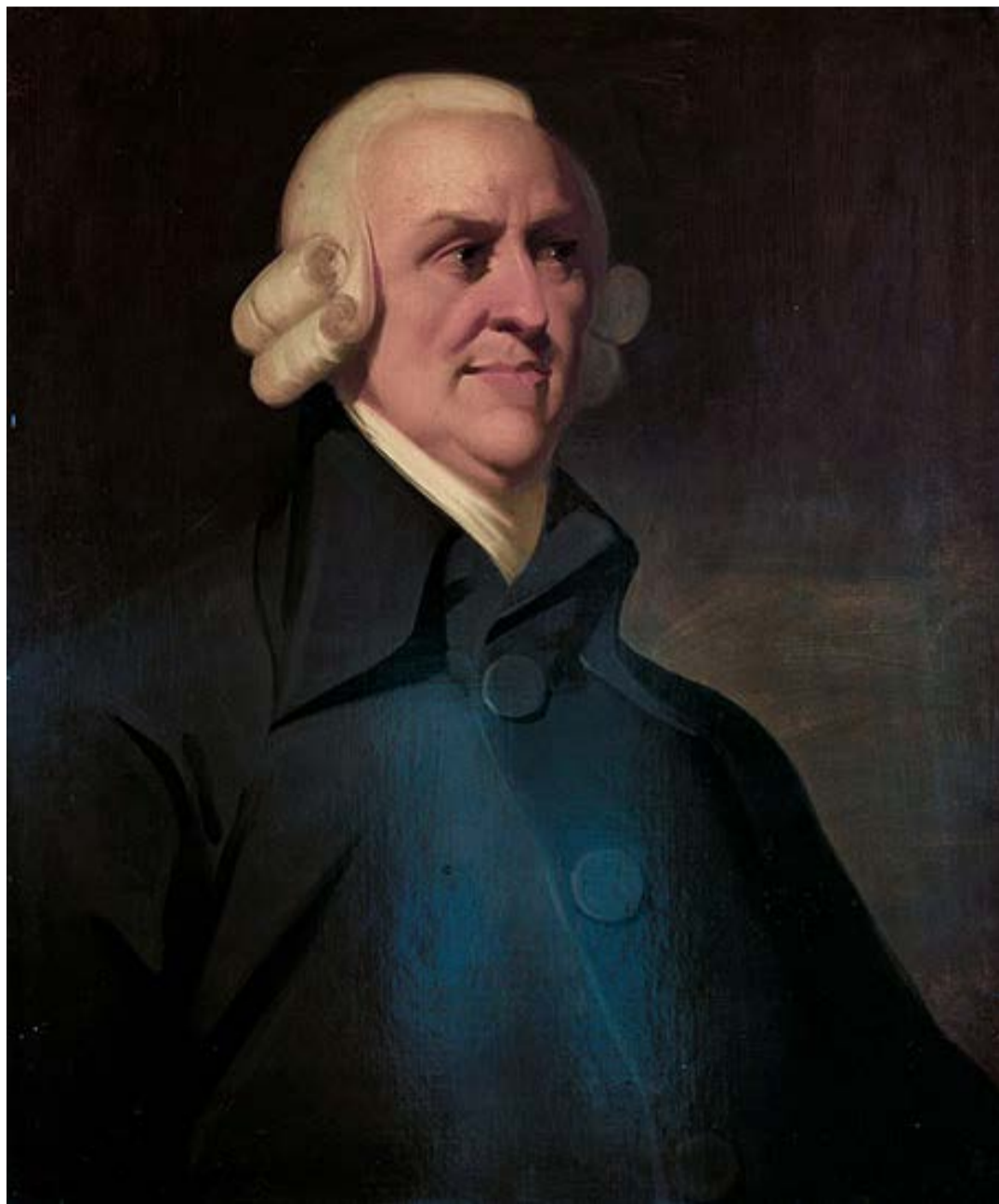
Primeros años e iniciación profesional

Adam Smith nació en 1723 en Kirkcaldy, Escocia, hijo póstumo de Adam Smith, oficial de aduanas, y Margaret Douglas. Se desconoce la fecha exacta de su nacimiento, pero fue bautizado el 5 de junio, 1723. Poco se sabe de su infancia, excepto que a la edad de 4 años fue raptado por una banda de gitanos, siendo rescatado gracias a la acción de su tío. “Me temo que no hubiera sido un buen gitano”, comentó John Rae, su principal biógrafo. Aparte de este incidente, la vida de Smith fue singularmente tranquila, y su historia es esencialmente la de sus estudios y sus libros.

En 1737, a la edad de 14 años, habiendo concluido su curso en la escuela local de Kirkcaldy, Smith ingresó en la Universidad de Glasgow, donde fue influido por “el nunca olvidado” Francis Hutcheson, el famoso profesor de filosofía moral. Luego de su graduación en 1740, Smith obtuvo una importante beca para Oxford, donde estudió por seis años en Balliol College. Sin embargo, el ambiente intelectual en Oxford en esa época era pobre y decepcionante (“...hace mucho tiempo que la mayor parte de los profesores oficiales (en Oxford) abandonaron las obligaciones de la enseñanza”, y “...será por propia culpa si en Oxford alguien llega a poner en peligro su salud por exceso de estudio...”). Smith dedicó estos años a un programa de lectura intensiva en filosofía y literatura, tanto modernas como clásicas.

Habiendo retornado a la casa de su madre en 1746, Smith se dedicó a buscar un empleo adecuado, a la vez que continuaba sus estudios. En 1748 viajó a Edimburgo, donde bajo el auspicio de Lord Henry Kames dictó por tres años una serie de conferencias públicas sobre retórica y letras. En 1751 fue llamado por su propia Uni-

Adam Smith (1723-1790)



ADAM SMITH (AUTOR DESCONOCIDO) / NATIONAL GALLERIES OF SCOTLAND

versidad de Glasgow para ocupar primeramente la cátedra de Lógica, y luego la de Filosofía Moral. Este último cargo lo ejerció por 12 años, período que luego describiría como “el más útil y por tanto el más feliz y honorable de mi vida”.

Su curso de filosofía moral estaba dividido en cuatro partes: teología natural, ética, jurisprudencia, y economía política. En 1759 publicó su primer libro, *La teoría de los sentimientos morales*, que incorporaba la segunda porción de su curso, y que casi inmediatamente estableció su reputación académica y literaria. En publicó un ensayo sobre “La primera formación de los idiomas”, que fue incluido como apéndice en posteriores ediciones de los *sentimientos morales* (se publicaron seis ediciones durante su vida).

En 1763 Charles Townshend ofreció a Smith una pensión vitalicia a cambio de que sirviera como tutor de su hijastro, el Duque de Buccleuch, durante un viaje de tres años por Francia. Smith entonces renunció a su cátedra y se embarcó en su único viaje al extranjero, en el curso del cual conoció a Voltaire en Ginebra, y se asoció con Turgot, Quesnay, y otros economistas y enciclopedistas franceses durante su estadía en París. En 1766 la repentina enfermedad y muerte de Hew Scott, el hermano del duque, puso fin al viaje, forzando un repentino retorno a Inglaterra.

La riqueza de las naciones

Durante los siguientes siete años Smith vivió con su madre en Kirkcaldy, dedicando la mayor parte de su tiempo a su siguiente libro, *La riqueza de las naciones*. Este período también lo describió como feliz (“Quizá nunca estuve (tan feliz) en toda mi vida”). En 1773 viajó a Londres, llevándose su manuscrito consigo, y durante cinco años vivió en Londres, donde su círculo de amigos incluía a Edward Gibbon y Edmund Burke.

En marzo de 1776 se publicó finalmente *La riqueza de las naciones*. La obra tuvo un éxito inmediato y duradero: la primera edición se agotó en seis meses, y durante la vida de Smith se publicaron cinco ediciones (1776, 1778, 1784, 1786, y 1789). Además, en cuestión de tres décadas se había traducido a por lo menos seis idiomas extranjeros: danés (1779-80), tres versiones francesas (1781, 1790, y 1802), alemán (1776-78), italiano (1780), español (1794) y ruso (1802-06).

La única otra obra publicada por Smith durante su vida (aparte de dos artículos sobre temas literarios escritos para el *Edinburgh Review* en 1755) fue su “Carta a (William) Strahan”, de 1777, sobre la muerte de David Hume. Su cálido elogio de las cualidades morales de su gran amigo motivó grandes protestas en todo el Reino Unido. Smith habría de anotar después:

“

Durante los siguientes siete años Smith vivió con su madre en Kirkcaldy, dedicando la mayor parte de su tiempo a su siguiente libro, *La riqueza de las naciones*”

“Una simple e inofensiva hoja de papel... me causó diez veces más vituperios que el violento ataque que realicé en contra de todo el sistema comercial de la Gran Bretaña”.

En 1778 Smith fue nombrado comisionado de Aduanas para Escocia, cargo que desempeñó hasta su muerte, viviendo con su madre y su prima, Miss Janet Douglas, en Edimburgo. En 1787 Smith fue elegido Lord Rector de la Universidad de Glasgow, sirviendo hasta 1789. El 17 de julio de 1790, lleno de honores, Adam Smith murió a la edad de 67 años.

Publicaciones póstumas

En 1795, los ejecutores literarios de Smith, Joseph Black y James Huton, editaron y publicaron una colección de *Ensayos sobre temas filosóficos* que incluía un juvenil ensayo sobre “Historia de la astronomía” que aparentemente formaba parte del proyecto más amplio de una “historia de las ciencias liberales y artes elegantes”. La más conocida edición moderna de estos ensayos es la de J. R. Lindgren (ed.), *The Early Writings of Adam Smith* (Nueva York, Kelley, 1967), que también incluye el ensayo sobre la formación de los idiomas.

Antes de su muerte, Smith había ordenado la destrucción de la mayoría de sus otros manuscritos inéditos, entre los cuales probablemente se encontraban sus conferencias sobre religión natural y sobre jurisprudencia, lo mismo que sus lecciones sobre retórica. La mayor parte de este material probablemente se perdió para siempre, aunque ciertas partes han sido recu-

peradas indirectamente en la forma de apuntes tomados por estudiantes en los años 1762-64.

En efecto, en 1895 el Prof. Edwin Cannan se enteró de la existencia, en manos de un abogado de Edimburgo, de un manuscrito que identificó como los apuntes de clase, tomados por un estudiante, de un curso sobre jurisprudencia dictado por Smith poco antes de su viaje a Francia. (Posteriormente se logró establecer que estas conferencias fueron efectivamente dictadas durante la porción del ciclo académico de 1763-64 que precedió su partida). Cannan editó estos apuntes y los publicó bajo el título de *Lecturesen Justice, Police, Revenue and Arms, delivered in the University of Glasgow by Adam Smith* (Oxford: Clarendon Press, 1896).

En 1929, la Biblioteca Clements de la Universidad de Michigan adquirió una colección de documentos que habían pertenecido a Alexander Wedderburn, entre los cuales se encontraba un manuscrito que el Prof. G. H. Guttridge identificó como un memorándum sobre “El problema americano” escrito por Adam Smith en 1778. Este manuscrito fue editado por Guttridge y publicado en la *American Historical Review*, 38 (1933), Pp. 714-20.

Finalmente, dos juegos adicionales de apuntes de clase fueron descubiertos por el Prof. John M. Lothian en 1958. Uno de estos correspondía a un curso de retórica y letras, dictado por Smith en Glasgow en la sesión 1762-63. Estos apuntes fueron editados por Lothian y publicados bajo el título *Lectures on Rhetoric and Reiles Lettres* (Londres, Nelson, 1963). El segundo juego de apuntes, correspondiente al curso de jurisprudencia dictado durante la misma sesión, no fue publicado sino hasta 1978, como parte de la *Glasgow Edition of the Works and Correspondence of Adam Smith* (Oxford University Press, 1976-83).

En esta época de excesiva especialización, no pueden dejar de impresionarnos la amplitud y profundidad de la erudición de Smith, fiel y genuino representante del espíritu de la Ilustración escocesa. Sin embargo, por mucho que admiremos sus logros en campos tan variados, no puede negarse tampoco que la posteridad ha decidido recordarle principalmente por sus contribuciones a la ciencia económica, y su fama siempre se basará mayormente en su obra maestra, *La riqueza de las naciones*. Aunque escrita en inglés en el siglo XVIII, ahora pertenece al mundo y a todos los tiempos. Smith separó definitivamente la economía del restrictivo marco de referencia mercantilista, que negaba los beneficios del libre comercio entre las naciones, e hizo de ella el estudio del orden social espontáneo (y generalmente no-intencionado) que surge de los intercambios voluntarios entre individuos que producen beneficios para todas las partes involucradas, sean domésticas o extranjeras. En tanto sobreviviera en este mundo el amor por la libertad, los hombres libres seguirán inspirándose en Adam Smith, autor de *La riqueza de las naciones*.

Adam Smith: el hombre y sus obras

Aunque da pena admitirlo, en el mundo hispano-parlante Adam Smith no ha recibido el reconocimiento que se merece. Si bien es cierto que la primera versión en español de *La riqueza de las naciones* fue publicada en 1794, poco saben ahora que a fin de obtener el permiso de la Santa Inquisición, su primer traductor, don José Alonso Ortiz, se vio obligado a omitir algunos pasajes significativos. De hecho, la primera versión completa de *La riqueza de las naciones* no fue publicada sino hasta 1958, cuando el Fondo de Cultura Económica (México) publicó la traducción de la edición Cannan por el Prof. Gabriel Franco. Lo que es peor, a la fecha no se ha traducido ninguna de las otras obras de Smith, y hasta hace poco tampoco se disponía de una biografía de Smith en español. Afortunadamente, Unión Editorial de Madrid acaba de publicar una reciente traducción de la conocida biografía por el Prof. Edwin West: *Adam Smith: el hombre y sus obras*. Esta obra, excelente introducción a la vida y pensamiento de Smith, cubre todos los aspectos de la obra de este multifacético pensador. ☺

*Julio H. Cole (1955) es doctor en Economía, así como uno de los más destacados estudiosos del pensamiento liberal en América Latina. Ensayista, editor y profesor de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Francisco Malloquín (Guatemala). Autor de numerosos libros, conferencias y artículos académicos, entre ellos, *Cinco pensadores liberales: Smith, Hayek, Friedman, Vargas Llosa y Orwell* (Unión Editorial, España). Ha recibido el Premio Charles Stillman en 1995, 2017 y 2019, así como otros reconocimientos por su trabajo como ensayista. Desde 1994 es editor de la revista *Laissez-Faire*.

ANIVERSARIO >> 300 AÑOS DEL NACIMIENTO DE ADAM SMITH (1723-1790)

La invisible mano invisible

“Lector incansable, al salir de Oxford donde asistió gracias a una beca, dictó un ciclo de conferencias, de las cuales solo han quedado para la posteridad los apuntes de dos estudiantes. Es, a no dudarlo, uno de los más célebres representantes de la Ilustración escocesa”

NASLY USTÁRIZ F.

Ante la enorme dificultad de definir a un clásico se han dicho muchas cosas, quizá una de las más curiosas resulte aquella que propone que clásico es aquel libro que no necesita haber sido leído para conocerlo. Ítalo Calvino, en su conocido ensayo: *Por qué leer a los clásicos* (1993), se hacía, quizá, eco de esta máxima, advirtiendo que clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir, que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad.

Es posible que eso sea lo que ha pasado con la obra del célebre sabio Adam Smith. Muchos lo nombran y hasta demonizan a este escocés nacido en Kirkcaldy, en alguna fecha de



ADAM SMITH / ARCHIVO

1723, sin probablemente haber leído jamás su obra clásica y celebrísima, *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776), que la mayoría de los que lo citan han reducido, sencillamente a *La riqueza de las naciones*.

Lector incansable, al salir de Oxford donde asistió gracias a una beca, dictó un ciclo de conferencias, de las cuales sólo han quedado para la posteridad los apuntes de dos estudiantes. Es, a no dudarlo, uno de los más célebres representantes de la Ilustración escocesa. Profesor de Lógica en la Universidad de Glasgow, para posteriormente pasar a impartir la asignatura de Filosofía Moral, con tanto éxito, que el mismo Mario Vargas Llosa ha reseñado al escribir su biografía intelectual¹ que fueron escuchadas por estudiantes de distintos lugares del Reino Unido y de Europa.

Asimismo, cuenta el escritor peruano que a su típica imagen de sabio distraído, al que más de una vez se encontró vagando por las afueras de su ciudad, muy lejos de casa, le hubiera

sorprendido enormemente ser hoy en día considerado como el padre de la Economía. Vargas Llosa también afirma que él siempre se consideró un filósofo moral, un apasionado de las ciencias y de las letras, y, así como los demás intelectuales escoceses de su generación, un incansable investigador de los sistemas que mantenían el orden natural y social. En suma, un apóstol de que la razón, más que la religión, era el medio idóneo para llegar a comprenderlos y tratar de explicarlos. Su búsqueda incansable era intentar entender de dónde provenía aquello que nos mantenía unidos y estables en una organización como la sociedad, cuando, en realidad, éramos seres egoístas y poco solidarios. Vivió siempre intrigado ante la idea de que la historia de la civilización discurría sobre una base evolutiva coherente, intentando explicar y explicarse el progreso y la prosperidad de algunos pueblos, mientras que otros sólo conocían el estancamiento y la barbarie.

El primer libro que le publicaron fue *La teoría de los sentimientos mora-*

les (1759) y justamente allí vertió sus reflexiones sobre eso que logra mantener unida a una sociedad pese a la implacable diversidad. Smith denomina *simpatía* a esa inclinación natural hacia el otro que, junto a la imaginación, nos acerca y logra imponerse sobre nuestras pasiones e instintos más crudos, esos que nos distancian. Expone en este magnífico libro una visión optimista de la humanidad, en el que trató de explicar lo que subyace en el fondo de las relaciones humanas, esa *cohesión social* que permite que la sociedad siga adelante sin autodestruirse.

Pero fue *La riqueza de las naciones*, cuya primera edición tardó seis meses en agotarse, la obra que recibió desde el principio los más elogiosos comentarios, incluida la opinión de otro titán de la Ilustración escocesa, como David Hume, su gran amigo, para quien ese intrincado libro lo llevaría a la posteridad conquistando para Smith a legiones de lectores en el futuro. No se equivocó Hume, pero en cambio, Adam Smith nunca pudo siquiera vislumbrar la difusión y relevancia que su obra llegaría a alcanzar en todo el mundo. En un artículo publicado en *La Nación* (2017), Vargas Llosa sostiene que Smith “...fue el primero en explicar a los seres humanos por qué y cómo opera el sistema que nos sacó de las cavernas y nos fue haciendo progresar en todos los campos –salvo, ay, el de la moral– hasta conquistar el fondo de la materia y llegar a las estrellas”.

Es un sistema complejo y simple a la vez, fundado en la libertad humana que convierte el propio interés en virtud social, y que curiosamente, solo se menciona una vez en el célebre y voluminoso libro de más de 900 páginas, pese a que quizá sea una de las metáforas más difundidas, a la vez que incomprendidas de toda la historia de la ciencia económica y que postula que: “No obtenemos los alimentos de la be-

nevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero, sino de su preocupación por su propio interés. No nos dirigimos a sus sentimientos humanitarios, sino a su egoísmo, y nunca hablamos de nuestras necesidades, sino de sus propias ventajas”.

Su pensamiento revolucionó el conjunto de las ciencias sociales postulando la enorme importancia de la propiedad privada y de la división del trabajo, así como de la competencia en el marco de un mercado libre sin excesivos controles o trabas como los verdaderos impulsores del progreso y el bienestar. Concluyo esta breve reseña aludiendo a la que constituía la preocupación capital del escocés y que ha sido puesta de relieve por el premio nobel de la Escuela Austríaca de Economía, Friedrich Hayek, así:

“El punto principal sobre el que hay pocas dudas es que la principal preocupación de Smith no era tanto lo que el hombre podría lograr ocasionalmente cuando estaba en su mejor momento, sino que debería tener la menor oportunidad posible de hacer daño en su peor momento. Difícilmente sería exagerado afirmar que el principal mérito del individualismo que él y sus contemporáneos defendieron es que es un sistema bajo el cual los hombres malos pueden hacer menos daño. Es un sistema social que no depende para su funcionamiento de que encontremos buenos hombres para dirigirlo, o de que todos los hombres se vuelvan mejores de lo que son ahora, sino que hace uso de los hombres en toda su variedad y complejidad, a veces buenos y a veces malos, a veces inteligentes y, más a menudo, estúpidos” (1948)².

1. *La llamada de la tribu*. Alfaguara, 2018.
2. Citado por Boetke, Peter J. y López, Edward J. *Economía austríaca y elección pública*.

El mensaje de Adam Smith en el lenguaje actual

Este ensayo reproduce el “Capítulo XVI” de *New Studies* (University of Chicago Press, 1978)

F. A. HAYEK

Durante los 40 y tantos años que he estado dictando conferencias sobre la historia de la economía, siempre he encontrado especialmente difícil darlas sobre Adam Smith.

En el momento en que se llega a él, uno ha descubierto que la mayoría de las comprensiones decisivas de las cuestiones técnicas que constituyen la espina dorsal de la teoría económica –los problemas del valor y distribución y el de la moneda– habían sido anticipados, una generación antes de él, sin que Smith ni siquiera apreciara completamente la importancia de este trabajo anterior. Sin embargo, como muchos otros economistas, siento profundamente que él era, sin duda, el más grande de ellos, no solo por su influencia sino por la comprensión y reconocimiento claro del problema central de la ciencia.

En algunos aspectos, sus sucesores inmediatos entendieron esto más claramente que nosotros. Como escribió en 1803 el editor de la *Edinburgh Review*, Francis Jeffrey, el gran objetivo de los más importantes filósofos morales escoceses, Lork Kames, Adam Smith y James Millar (y debería haber agregado a Adam Ferguson) fue:

Encontrar los orígenes de la historia de la sociedad en los elementos más simples y universales –y resolver todo aquello que había sido atribuido a las instituciones positivas, dentro del ámbito del desarrollo espontáneo e irresistible de ciertos principios– y mostrar así, con cuán poca planificación o sabiduría política se podrían haber creado los esquemas de política más complicados y aparentemente más artificiales.

Al aplicar este enfoque general al mercado, Smith pudo llevar adelante esa idea básica más allá que ninguno de sus contemporáneos. El gran logro de su famosa tesis respecto de la división del trabajo, fue reconocer que los hombres cuyos esfuerzos no estaban gobernados por necesidades concretas ni por las capacidades de los individuos que les eran más cercanos, sino por las señales abstractas de los precios de la oferta y la demanda, estaban por esa razón capacitados para participar en el enorme campo de la “gran sociedad”; que no puede ser vigilada adecuadamente por “ninguna sabiduría ni conocimiento humanos”.

A pesar de la “estrechez de su comprensión”, cuando el hombre individual pudo usar su propio juicio para sus propios objetivos (Smith escribió: “Para perseguir sus propios intereses a su manera dentro de un plan liberal de igualdad, libertad y justicia”), estaba en situación de dar satisfacción a los hombres y a sus necesidades y aprovecharlos en sus habilidades, aunque estos hombres estuviesen fuera del ángulo de su percepción. La gran sociedad llegó a ser posible evidentemente gracias a que los individuos no dirigían sus propios esfuerzos hacia las necesidades visibles, sino hacia aquello que representaban las señales del mercado como una



HAYEK / ARCHIVO

probable ventaja de las entradas sobre los gastos. Las prácticas que habían enriquecido a los grandes centros comerciales demostraron ser capaces de permitir al individuo practicar más el bien y satisfacer necesidades mayores que si se hubiese dejado guiar por las necesidades y capacidades visibles de sus vecinos.

Es un error que Adam Smith haya predicado el egoísmo: su tesis central nada dijo con respecto a cómo debían usar los individuos el aumento de sus entradas; y todas sus simpatías estaban con el uso benevolente del incremento en el ingreso. Le preocupaba cómo facilitar a la gente contribuir al producto social en la forma más amplia posible y pensaba que esto requería que se pagara en lo que valían sus servicios para quienes los solicitaban.

Sin embargo, estas enseñanzas chocaban contra un instinto profun-

damente arraigado que el hombre había heredado de una primitiva sociedad en estado de enfrentamiento, la horda o la tribu, en la cual, a través de cientos de miles de años, se formaron las emociones que aún los gobiernan, después de su ingreso a la sociedad abierta. Estos instintos heredados demandan que el hombre persiga como objetivo hacer el bien concreto a los compañeros que le son familiares (El “vecino” de la Biblia).

Son estos los sentimientos que aún bajo el nombre de “justicia social” rigen todas las exigencias socialistas y que comprometen fácilmente las simpatías de todos los hombres buenos, pero que son irreconciliables con la sociedad abierta a la cual deben actualmente todos los seres occidentales el nivel general de su riqueza.

La exigencia de “justicia social” para una asignación de cuotas de riqueza material a las distintas personas y grupos de acuerdo a sus necesidades o méritos, que es la base del socialismo, constituye así un atavismo, una exigencia que no puede conciliarse con la sociedad abierta en la cual el individuo puede usar su propio conocimiento para sus propios propósitos.

La gran realización de Adam Smith es el reconocimiento de que los esfuerzos de un hombre podrán beneficiar a más gente, y satisfacer mayores necesidades, cuando este hombre se deja guiar por las señales abstractas de los precios más que por las necesidades perceptibles, y que por este método podemos superar mejor nuestra ignorancia congénita acerca de la mayoría de los hechos particulares, y podemos también usar mejor el conocimiento de las circunstancias concretas, tan ampliamente dispersas entre millones de seres individuales.

Smith, por supuesto, no podía dirigir sus argumentos contra lo que aho-

rra llamamos socialismo, ya que éste era desconocido en su tiempo. Pero conocía muy bien la situación general subyacente, que prefiero llamar “constructivismo”, y que no aprobaría ninguna institución humana si no fuera deliberadamente diseñada y dirigida por los hombres hacia los objetivos que dictan los sentimientos heredados. Smith los llamaba “hombres de sistema”; y lo siguiente es lo que tenía que decir acerca de ello en su primera gran obra:

El hombre de sistema... parece imaginar que puede agrupar los diversos miembros de una gran sociedad con tanta facilidad como la mano coloca las diversas piezas sobre un tablero de ajedrez. No toma en consideración que estas piezas sobre el tablero no tienen otro principio de movimiento que aquel que le es dado por la mano, pero que en el gran tablero de ajedrez de la sociedad humana, cada pieza tiene un principio de movimiento propio, completamente diferente de aquel que las leyes quieran imponerle. Si esos dos principios coinciden y actúan en la misma dirección, el juego de la sociedad humana se desarrollará fácil y armoniosamente, y podrá llegar a ser feliz y exitoso. Si son opuestos o diferentes estos principios, el juego se desarrollará miserablemente y la sociedad humana estará eternamente en el más alto grado de desorden.

La última frase no es una mala descripción de nuestra sociedad actual. Y si perseveramos en este atavismo, y siguiendo los instintos heredados de la tribu, insistimos en imponer a esta gran sociedad principios que presuponen el conocimiento de todas las circunstancias particulares que sólo el jefe de tal sociedad podría conocer, retornaremos a la sociedad tribal. ☉

ANIVERSARIO >> 300 AÑOS DEL NACIMIENTO DE ADAM SMITH (1723-1790)

Adam Smith y una mano invisible en la educación

"Todos los alumnos, absolutamente todos, se sintieron identificados. Expresaron que conocían bien esa sensación de preocuparse por el prójimo y que, a la vez, se alegraban al saber que los demás, sus amigos o desconocidos, estaban bien, eran felices. Coincidieron en que ayudar a otros era un motivo de satisfacción"

ANTONIO CANOVA GONZÁLEZ

Hace dos semanas fui al Colegio Humboldt de Caracas donde tuve un encuentro con 32 alumnos, de entre 11 y 17 años de edad, que entrenan guías por la profesora Johana Colme-

nares para participar en competencias del modelo de naciones unidas. Están interesados en los derechos humanos y en la práctica, ya extendida, de enfrentar a otros equipos en simulacros dialécticos para su defensa.

Les pedí que formaran un amplio círculo de pupitres para hora y media de charla socrática. Fui a escucharles, no a hablarles. Mi interés era saber qué pensaban ellos si echábamos mano, de la otra mano, la invisible, para satisfacer esos derechos.

Leyeron en voz alta este pasaje de Adam Smith:

"No es por la benevolencia del carnicero, del cervecero y del panadero que podemos contar con nuestra cena, sino por su propio interés. No invocamos sus sentimientos humanitarios sino su egoísmo; ni les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas" (*La riqueza de las naciones*).

Pensaron, hablaron, debatieron, comprendieron, pronto llegaron a acuerdos, a conclusiones compartidas:

Es natural que cada quien busque su propio interés, pues cada uno tiene sus necesidades propias. Es razonable que cada uno procure alcanzar sus fines, que lo logre a través de su ingenio y esfuerzo. Es comprensible que nadie quiera ser una carga para otro, y que todos busquemos alcanzar por nosotros mismos los bienes necesarios para vivir. Es una virtud

y fuente de orgullo lograr ser independientes, incluso trabajar duro, para vivir con autonomía y prosperar. No hay nada de malo en buscar, honestamente, el interés propio.

Nadie asomó, siquiera, que esa búsqueda del interés propio del carnicero, panadero o cervecero fuera cuestionable, una muestra malsana de egoísmo o individualismo. Más bien, argumentaron que lo contrario, es decir, esperar de ellos cena gratis todas las noches sería abusivo e injusto. "Una frescura". Acotaron que una relación signada exclusivamente por la benevolencia de uno y la "frescura" de los otros sería insostenible en el tiempo. ¿De qué vivirían, entonces, el carnicero, el panadero y el cervecero? ¿Por cuánto tiempo podrían mantener a los demás sin contraprestación? ¿Para qué invertir, trabajar, producir en esas circunstancias?

Un sistema en el que cada quien pretenda el interés propio no solo es natural. También es justo. Más aún, subrayaron varios, es lo óptimo. Por un lado, mantiene a las personas trabajando, ocupadas en ofrecer a los demás bienes y servicios que voluntariamente quieran adquirir. Por el otro, es beneficioso para todos, ya que, aunque no lo sepan, si no tuvieran tiempo o se dedicaran a otras actividades podrán confiar en que, al llegar a la carnicería, a la panadería o a la cervecería, encontrarán a alguien atento para proveerles una cena, a cambio de un pago. Es una relación en la que todos ganan.



Luego leyeron este otro extracto de Smith, de *La teoría de los sentimientos morales*:

"Por más egoísta que quiera suponerse al hombre, evidentemente hay algunos elementos en su naturaleza que lo hacen interesarse en la suerte de otros, de tal modo que la felicidad de estos le es necesaria, aunque de ello nada obtenga, a no ser el placer de presenciarla".

Todos los alumnos, absolutamente todos, se sintieron identificados. Expresaron que conocían bien esa sensación de preocuparse por el prójimo y que, a la vez, se alegraban al saber que los demás, sus amigos o desconocidos, estaban bien, eran felices. Coincidieron en que ayudar a otros era un motivo de satisfacción. Ratificaron que, cuando saben de los problemas, del dolor o sufrimiento de los demás, se compadecían y preocupaban. Nadie en la sala asomó siquiera que la felicidad de los demás los hacía infelices a ellos. Uno de los mayores se refirió en estos tér-

minos: la felicidad de los hombres no es un juego de suma cero, en el cual si uno gana hay otros que pierden.

No fue difícil, hubo un consenso amplio.

En ese momento, ya casi terminando la sesión, pude intervenir: Adam Smith acuñó un término que se ha hecho popular para explicar los efectos virtuosos de un sistema basado en esas reglas de cooperación voluntaria entre las personas. Esos efectos beneficiosos son guiados por una especie de mano invisible. Una sinergia obtenida sin planificación y sin que ninguna de las personas cooperantes se lo propusiera.

Ya habían escuchado esa metáfora. Aseguraron que no era difícil de comprender.

Les comenté que vengo estudiando, junto con un grupo de profesores y alumnos, la aparición de un orden espontáneo educativo para niños de entre 6 y 16 años, en particular en zonas muy pobres de Venezuela. Docentes buscando su propio interés, y ejerciendo su vocación de enseñar, ofrecen tutorías individualizadas a los niños de sus comunidades, que sus padres pagan porque ven que sus hijos aprenden más, que adquieren conocimientos útiles, que se entusiasman con las clases, que muestran interés por el saber, que ganan en autoestima y seguridad. Todos ganan.

Seguidamente asomé la alternativa de hacer valer los derechos humanos sociales de ese modo: mediante acuerdos privados y libres, en lugar de insistir, como hemos hecho hasta ahora, en alcanzar tales objetivos por medio de la mano visible del Estado, es decir, a través de las decisiones y actuar de los gobernantes.

Ya había pasado la hora y media pausada. Era hora de irnos. Se marcharon pensando. Sus ideas sobre esta propuesta las sabré en la próxima sesión. ☉

El verdadero Adam Smith. La visión alternativa de Murray Rothbard

"Rothbard señala que Adam Smith no solo no hizo aporte alguno a la ciencia económica sino que *La riqueza de las naciones* constituye un grave retroceso en relación con los análisis que iniciaron los escolásticos españoles de la Escuela de Salamanca en el Siglo XVI y que perfeccionó el verdadero Padre Fundador de la economía moderna, el banquero irlandés radicado en Francia, Richard Cantillón"

JOSÉ VALENTÍN GONZÁLEZ

Sobre la persona: plagio desvergonzado e inveterado. Sobre su obra más reconocida: poco original, profundamente imperfecta, vaga, ambigua, confusa, oscura, pobre.

¿De qué autor se habla? ¿De qué obra se trata? ¿Quién lanza críticas tan duras?

El autor es Adam Smith, a quien muchos consideran el padre fundador de la economía moderna y del liberalismo económico. La obra es la universalmente conocida *Una investigación*

sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones, llamada *La riqueza de las naciones*, sobre la cual el Premio Nobel de Economía de 1998 Amartya Kumar Sen, libre de toda sospecha de ser un fanático liberal, señala que es el libro más grande jamás escrito sobre la vida económica.

Ahora bien ¿Quién lanza unas críticas tan duras sobre Adam Smith y su obra más conocida? ¿Se trata de un marxista? ¿Algún político populista latinoamericano con escasa formación económica?

Para nada. El crítico es Murray Newton Rothbard, economista judío nacido en el Bronx, Nueva York, discípulo del gran Ludwig von Mises y el principal referente de la Escuela Austríaca de la Economía en los Estados Unidos de América.

Rothbard fue un gigante del pensamiento. Escribió obras extraordinarias no solo sobre economía, sino también sobre filosofía del derecho, historia, política, ética, entre otros temas. Además fue un político muy activo, siendo uno de los fundadores del Partido Libertario, el tercer partido político más importante de los Estados Unidos. Asimismo, fue fundador del famoso Cato Institute y del Mises Institute.

Rothbard es la principal figura del anarcocapitalismo estadounidense. Un liberal radical, tanto en lo político como en lo económico. Enemigo del establecimiento político y empresarial de su país. Pacifista. Un defensor a toda prueba de la libertad individual.

¿En qué consiste la feroz crítica de Rothbard a Adam Smith?

En primer lugar, es necesario señalar que aunque Rothbard era judío y agnóstico, sentía una gran admiración por el pensamiento de muchos religiosos católicos y por aquellos países de civilización católica. Rothbard es claramente un tomista. Y para Rothbard, algunos de los problemas del pensamiento de Adam Smith pueden explicarse por su cultura presbiteriana. Para Rothbard, la asociación entre capitalismo y protestantismo que fór-

mula Weber es totalmente falaz. Además, recordemos que sus grandes referentes económicos modernos, Menger y Mises, son austríacos, es decir formados en un imperio fundamentalmente católico, el imperio austrohúngaro de los Habsburgo.

Rothbard acusa a Adam Smith de haber plagiado a su mentor Francis Hutcheson, sin haberlo mencionado ni una vez en *La riqueza de las naciones*. Pero realmente esa es la menor de las acusaciones que Rothbard lanza contra Smith.

Rothbard señala que Adam Smith no solo no hizo aporte alguno a la ciencia económica sino que *La riqueza de las naciones* constituye un grave retroceso en relación con los análisis que iniciaron los escolásticos españoles de la Escuela de Salamanca en el Siglo XVI y que perfeccionó el verdadero Padre Fundador de la economía moderna, el banquero irlandés radicado en Francia, Richard Cantillón, quien escribió su gran obra *Ensayo sobre la naturaleza del comercio en general*, más de cuarenta años antes de que Smith escribiera *La riqueza de las naciones*.

En concreto, la crítica más feroz de Rothbard a las ideas de *La riqueza de las naciones* consiste en que en ella se defiende una teoría objetiva del valor basada en el trabajo, dejando atrás las ideas sobre la teoría subjetiva del valor que había desarrollado la Escuela de Salamanca y que habían seguido Cantillón, Hutcheson y el propio Adam Smith, con anterioridad a su obra más conocida. Asimismo, Rothbard apunta que de las ideas de Smith se desprende que la renta y el beneficio empresarial no son más que deducciones del trabajo que es el que genera la totalidad del producto. Aunque Adam Smith trata débilmente de defender la remuneración del empresario, es sencillo anticipar que sus ideas fueron el fundamento del pensamiento de los socialistas ricardianos y posteriormente de las ideas de Karl Marx sobre la plusvalía. Por si fuera poco, siendo coherente con su error, Smith sostenía que los



MURRAY ROTHBARD / ARCHIVO

salarios y los beneficios se movían en sentido inverso, con lo que contribuyó a justificar la idea de Marx sobre la lucha de clases.

Rothbard también critica a Smith por diferenciar entre trabajo productivo y trabajo improductivo. Así, Adam Smith calificó como trabajo improductivo el realizado por los médicos, abogados, músicos, actores, entre otros, ya que su actividad no se plasmaba en un objeto material. Acá, según Rothbard, Smith muestra un sesgo fisiocrático, inexcusable para el momento en que *La riqueza de las naciones* fue escrito.

Dentro de *La riqueza de las naciones*, la idea más famosa en el debate político es la tesis de la mano invisible y la supuesta defensa ardiente que hace Adam Smith del *laissez faire*, es decir, la necesidad de que el Estado no interfiera en la economía. No obstante, Rothbard también se ocupa de desmontar la idea de que Smith fuera un gran defensor del libre mercado y un enemigo de la intervención estatal. Rothbard destaca que Adam Smith era un defen-

sor de la educación estatal, el correo público, la subvención gubernamental del transporte marítimo, las obras públicas, el incremento de impuestos a tierras no cultivadas, los aranceles sobre la importación de manufacturas, los altos impuestos al consumo de lujo, los impuestos a las destilerías para disminuir el consumo de alcohol, el impuesto progresivo sobre la renta, las leyes contra la usura estableciendo tasas de interés por debajo de las tasas de mercado, entre otras medidas intervencionistas.

Los cuestionamientos de Rothbard a Adam Smith no terminan acá. Rothbard también hace severas críticas a las ideas de Smith sobre la división del trabajo, la teoría del dinero y la teoría de la distribución. No obstante, con lo expuesto tenemos suficiente para reflexionar sobre el verdadero Adam Smith, el cual, según Rothbard, fue alguien bastante distinto a ese santo patrón del liberalismo económico y del libre mercado que se nos han vendido. ☉

ANIVERSARIO >> 300 AÑOS DEL NACIMIENTO DE ADAM SMITH (1723-1790)

Adam Smith y la economía para niños y jóvenes

"Este ejercicio de la libertad para el intercambio nos lleva a nuestro último contenido, 'el emprendimiento'. Aquí se hace crucial seguir perfeccionando el hábito del 'espectador imparcial', porque lleva a la simpatía y a la empatía para ofrecer a los demás bienes que conduce a otra causa señalada por Adam Smith para la riqueza de las naciones"

THOMAS CHACÓN

Desde el año 2005, en el Cedice Libertad llevamos adelante el Programa de Economía para Niños, Niñas y Jóvenes con el fin de formar, explicar, y transmitir nociones básicas de economía de mercado para desarrollar, desde temprana edad, virtudes cardinales a través de la formación de facilitadores universitarios.

Para alcanzar este objetivo, tenemos un taller inicial de seis temas con aportes de grandes liberales compartidos por medio de cuentos infantiles, juegos, dramatizaciones, musicales, etc. Indiscutiblemente Adam Smith (1723-1790) es protagonista en este programa como lo mencionamos a continuación.

De acuerdo a nuestro libro base *La economía explicada a mis hijos* del Doctor Martín Krause, parte de la relevancia de nuestro primer tema: "Ética y economía" lo aporta la *Teoría de los sentimientos morales* escrito por Adam Smith, porque ayuda a descubrir que "la ética y la economía estudian los mismos 'hechos': las acciones de los individuos. Solo que la ética busca establecer si una acción es buena o mala y la economía analiza las opciones a las que las personas se enfrentan, sus preferencias y las acciones conscientes que realizan para alcanzar sus objetivos".

En este primer tema, y en los tres siguientes titulados "Teoría del valor", "Acción humana" y "Cooperación social", la prudencia es la virtud cardinal a desarrollar. Entre las he-

rramientas que usamos de la economía para ser prudente, ejercitamos el aporte del "espectador imparcial" dado por Smith, para despertar una actitud serena con capacidad de identificar opciones al momento de tomar decisiones, convencidos de que siempre hay oportunidades, incluso donde solo hay problemas.

En cuanto al tema de la "Cooperación social", es estelar compartir a la "división del trabajo" como una de las causas de la riqueza de las naciones, en todo tiempo y cultura, demostrada por Adam Smith; por permitir encontrar la bondad de la desigualdad que nos hace libres y la innovación que nos hace prósperos; en donde el célebre ejemplo "smithiano" de la producción de alfileres ha sido del agrado de cientos de niños.

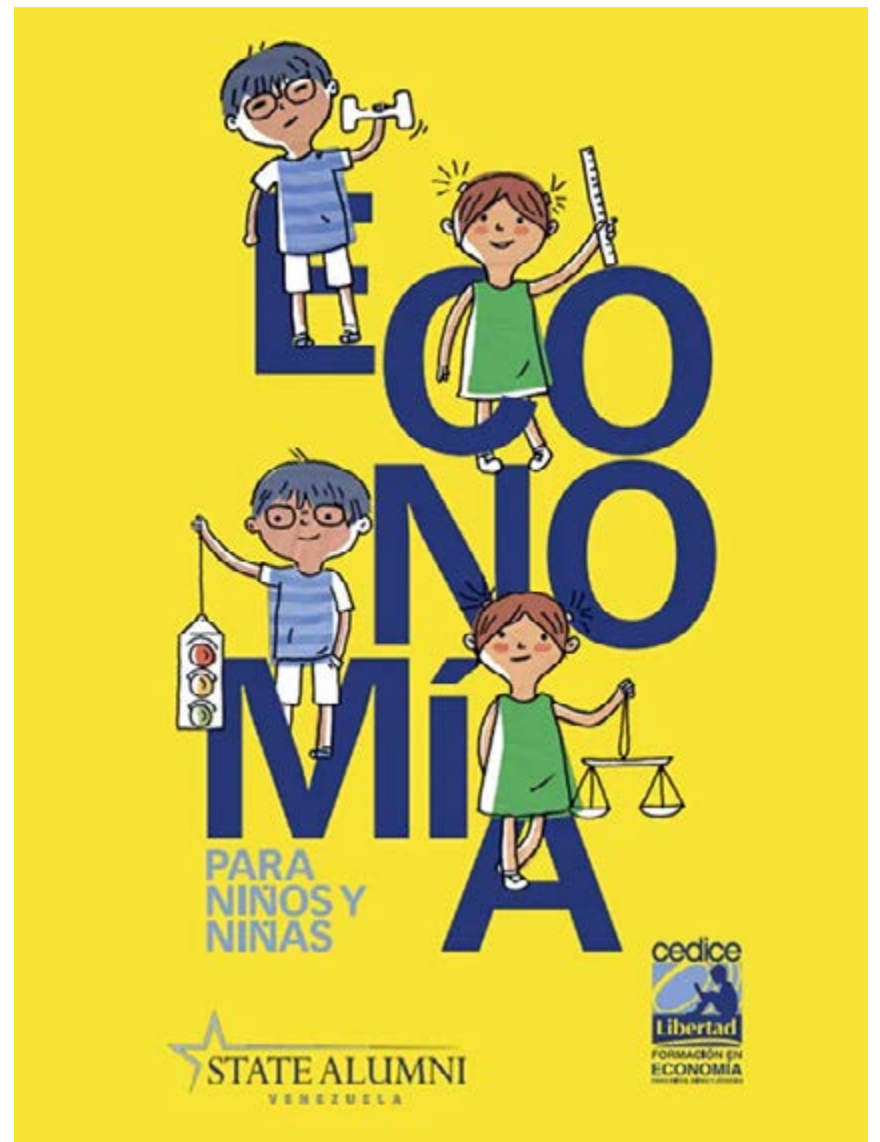
Para el tema del "Ahorro y la inversión", el mayor aporte tomado de Adam Smith está en el "Capítulo I" de la primera parte de la *Teoría de los sentimientos morales*: "el control sobre las pasiones corporales"; por ser un requisito básico para desarrollar la virtud de la templanza, por medio de la cual se obtiene el control de la voluntad para ahorrar e invertir con esperanzas fiables y con sacrificios en el presente dirigidos a un futuro con una mejora constante de la calidad de vida.

Para desarrollar la virtud de la justicia, tomamos en cuenta el aporte de la economía al derecho de propiedad, o como lo llamó Adam Smith en su texto *Lecciones de jurisprudencia*: "el sagrado derecho de propiedad". Su pertinencia la observamos en cual-

quier persona, como en un niño de la primera infancia o en empresarios de las más grandes transnacionales. Tal como dice Adam Smith: "El principal designio de todo sistema de gobierno es preservar la justicia, la cual consiste en evitar violar la propiedad de otro, o apoderarse de lo que no es suyo. Aquí el designio es dar a cada uno la posesión segura y pacífica de su propiedad". Es así como se genera paz social hasta en lo sencillo y cotidiano cuando los responsables de familias y/o maestros enseñan a los niños que para obtener algo deben tener el consentimiento del otro por medio del respeto al derecho de propiedad.

Esto conduce a identificar que, por ejemplo, hay paz en el "preescolar" cuando los niños asumen el derecho de propiedad; porque identifican lo gustoso de obtener algo de otro niño, como un juguete, cuando el dueño del juguete lo presta o da de manera voluntaria, de lo contrario habría violencia y/o antipatía. Desde allí buscamos demostrar a niños y maestros que la base del intercambio y la división del trabajo, generadora de prosperidad, forma parte de la naturaleza de la riqueza de las naciones cuando se basa en el derecho de propiedad, porque ejercita la libertad de transferir lo deseado y respetar lo que pertenece a los demás.

Este ejercicio de la libertad para el intercambio nos lleva a nuestro último contenido, "el emprendimiento". Aquí se hace crucial seguir perfeccionando el hábito del "espectador imparcial", porque lleva a la simpatía y



a la empatía para ofrecer a los demás bienes que conduce a otra causa señalada por Adam Smith para la riqueza de las naciones: "la extensión de los mercados", dado que mientras a más personas les guste lo ofrecido por alguien (empresario), este obtendrá mayor riqueza en recompensa a generar bienestar a un gran número de gente. De esta manera se genera la verdadera y sana riqueza contraria a beneficios gubernamentales o políticas de control al comercio, que disminuyen el potencial de la división del trabajo y la "renta nacional".

Por ello, en nuestro programa damos ejemplos de hombres que buscaban dar vida a la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones, los cuales consideramos virtuosos a nivel empresarial, como seis de los fundadores del Cedice Libertad: Ricardo

Zuloaga Tovar con la "electricidad de Caracas", Enrique Auvert con los bancos y suministros de agua, Santiago Alfonso Rivas con la producción de alimentos, Eugenio Mendoza con la construcción, Enrique Sánchez con ganadería, agricultura, empresas del sector financiero seguros, y empresas de venta materiales, y Henrique Pérez Dupuy con el sistema financiero. Con ellos demostramos también los "sentimientos morales" necesarios para la producción de riqueza, por ofrecer un lugar al intercambio voluntario y la innovación, con una lógica de eficiencia satisfaciendo la mayor cantidad posible de necesidades de propietarios, trabajadores y consumidores; generando oportunidades de encuentro entre desarrollar talentos por medio de la división del trabajo y satisfacer necesidades. ☺

Adam Smith y el rol del legislador

"Ciertamente, era un acérrimo crítico de las barreras comerciales y proteccionistas o mercantilistas. Pero su teoría sobre el valor, en palabras de Murray Rothbard, fue 'un auténtico desastre'"

ANDREA RONDÓN GARCÍA

Suele identificarse a Adam Smith como el padre de la economía moderna y el autor de la tesis de la mano invisible del mercado.

Es una forma reduccionista de verlo. Como miembro de la escuela moral escocesa (otros serían Francis Hutcheson, Adam Ferguson, David Hume), tenía la pretensión de elaborar una teoría general de la moral, la política y la sociedad.

En los últimos años he venido tomando en cuenta su obra jurídica¹ para mi línea de investigación, una visión liberal del derecho, que vengo trabajando desde Cedice Libertad y en mis clases del doctorado.

Los trabajos más conocidos del filósofo escocés son *La teoría de los sentimientos morales* (1759), y especialmente, *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (1776) (más conocido como *La riqueza de las naciones*). Pero veremos mayormente su obra jurídica en *Lecciones de jurisprudencia*².

Con frecuencia cito esta reflexión de Smith en *La teoría de los sentimientos morales*:

"El hombre doctrinario (...) se imagina que puede organizar a los diferentes miembros de una gran sociedad con la misma desenvoltura con que dispone las piezas en un tablero de ajedrez. No percibe que las piezas del ajedrez carecen de ningún otro principio motriz salvo el que les imprime la mano, y que en el vasto tablero de la sociedad humana cada pieza posee un principio motriz propio, totalmente independiente del que la legislación arbitrariamente elija imponerle"³.

Si usáramos un lenguaje más propio de nuestros textos de derecho, este filósofo escocés reivindica la autonomía de la voluntad incluso por encima del legislador, que debería ser limitado y supletorio de aquella.

De un modo similar se expresó Frédéric Bastiat en su ensayo *La ley* (1850) al hablar de orden natural y apelar a un legislador limitado. En el siglo XX, encontraremos este pensamiento en Ludwig von Mises con su acción humana y en Friedrich A.

Hayek con su orden espontáneo, esto es, "...estructuras ordenadas que son fruto de la acción de muchos hombres aunque no el resultado de un proyecto humano"⁴.

Si bien Smith parece alertarnos de un legislador arbitrario, el escocés pondrá mayor importancia en la jurisprudencia, que junto con la ética, son "las dos partes útiles de la filosofía moral..."⁵. La definición de jurisprudencia no es a la que estamos acostumbrados (conjunto de sentencias o decisiones judiciales) sino que es el conjunto de reglas por las que deberían dirigirse los distintos gobiernos civiles⁶.

En la tradición liberal, el legislador deja de tener un rol fundamental y omnipotente. El derecho es más que derecho positivo, es, como institución evolutiva, un conjunto de comportamientos que se han ido formando a lo largo del tiempo, dentro de un proceso evolutivo que supone ajustes, adaptaciones y coordinación social, y donde el legislador tiene una participación limitada, siendo esto último una de las expresiones en el derecho de la propuesta de un gobierno limitado.

Esta última afirmación me ha sido posible hacerla gracias a las reflexiones y obra de autores como Adam Smith, Frédéric Bastiat, Ludwig von Mises, Friedrich A. Hayek, Ricardo M. Rojas, Enrique Ghersi.

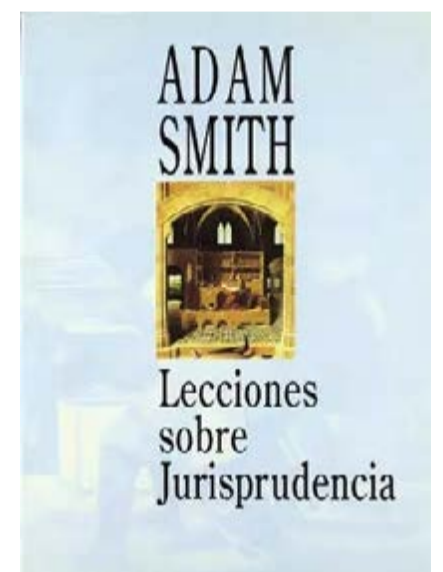
Smith no solo fue un pensador en lo económico. Ciertamente, era un acérrimo crítico de las barreras comerciales y proteccionistas o mercantilistas.

Pero su teoría sobre el valor, en palabras de Murray Rothbard, fue "un auténtico desastre"⁷. No solo degeneró lo propuesto por Hutcheson sino por el mismo.

Si profundizamos en la lectura de su obra veremos que fue totalmente revolucionario al señalar que el interés personal *per se* no era malo y que debemos enfocar nuestra atención en el sistema que canalice ese interés personal. Dentro de ese sistema, Smith pone su atención en la jurisprudencia, la ética y la justicia, que para Smith, la justicia es una virtud indispensable para la sociedad, pues "se puede vivir sin beneficencia, pero no sin justicia"⁸.

Yo como abogada y profesora universitaria, me llevo esta pequeña parte de su obra para redefinir la concepción que tenemos sobre el derecho y verlo desde una perspectiva liberal, esto es, una que parte del individuo y no de una creación estatal.

- 1 Para una aproximación inicial al tema ver: Alvarado, Jesús María, "Reflexiones sobre la concepción jurídica de Adam Smith: ¿iusnaturalismo o positivismo jurídico?", en *Revista de Investigación en Humanidades*, RIHU.
- 2 Recuérdese que *Lecciones de jurisprudencia* no fue un libro escrito por Adam Smith, aunque tuviera las intenciones de ello. Lo que conocemos como *Lecciones de jurisprudencia* son anotaciones de sus alumnos. Existen dos versiones de este texto, uno de 1896 conocido como LJ(B) y las notas parecen haber sido hechas de 1763 a 1764, y un segundo



texto, descubierto en 1958 que se conoce como LJ(A) y las notas parecen haber sido hechas de 1762 a 1763 (ESCOBAR CORDOBA, Federico, *Adam Smith y el derecho*, en *Precedente: Anuario Jurídico* - 2004, Cali, Universidad ICESI, 2004, p. 246).

- 3 SMITH, Adam, *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Editorial, Madrid, 2011, p. 407.
- 4 HAYEK, Friedrich von, *Derecho, Legislación y Libertad*, Unión Editorial, Madrid, 2006, p. 60.
- 5 SMITH, Adam, *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza, Madrid, 1997, p. 592.
- 6 SMITH, Adam, *Lecciones sobre Jurisprudencia*, Editorial Comares, Granada, 1995, p. 37.
- 7 ROTHBARD, Murray, *Historia del pensamiento económico*, Unión Editorial, Madrid, 2013, p. 491.
- 8 RODRÍGUEZ BRAUN, Carlos, *Estudio preliminar*, en *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Editorial, Madrid, 2011, p. 16.

ANIVERSARIO >> 300 AÑOS DEL NACIMIENTO DE ADAM SMITH (1723-1790)

La teoría del valor en Smith

Fragmento del libro *Socialismo y mercado. De Keynes a Prebisch, los infortunios de la socialdemocracia latinoamericana* (1984), que incluye el prólogo de Maxim Ross



EMETERIO GÓMEZ / ARCHIVO

EMETERIO GÓMEZ

Hasta ahora hemos centrado nuestro análisis en la teoría del valor de Ricardo, limitándonos a hacer notas al margen sobre la de Smith, por considerar que este comparte muchas de las deficiencias de aquel, aun cuando su sistema es mucho más fértil y amplio en posibilidades. Sin embargo, hay algunas especificidades de Smith que es necesario comentar.

En primer lugar, su posición según la cual el valor de uso no influye para nada sobre el valor, que será asumida plenamente por Ricardo y Marx y cuya influencia llega hasta nuestros días; expresada en las frecuentes posiciones en las que el valor de uso (no solo) no influye sobre el valor sino que no es siquiera objeto de estudio de la economía.

El problema, según Schumpeter, tiene su origen en la imposibilidad de explicar la paradoja del valor, aceptada explícitamente por Smith y resumida en el siguiente famoso párrafo: “Las cosas que tienen un gran valor en uso tienen comúnmente escaso o ningún valor en cambio, y, por el contrario, las que tienen un gran valor en cambio, no tienen, muchas veces, sino un pequeño valor en uso o ninguno. No hay cosa más útil que el agua, pero con ella apenas se puede comprar cosa alguna ni recibir nada en cambio. Por el contrario, el diamante apenas tiene valor en uso, pero generalmente se puede adquirir, a cambio de él, una gran cantidad de otros bienes” (Smith, página 30).

Hay aquí dos elementos básicos que nos interesa enfatizar. Uno, el más conocido, según el cual Smith entiende por valor de uso las cualidades objetivas de las cosas, dejando así de lado las valoraciones subjetivas que sobre ellas realizan los hombres. Este com-

ponente –tras el cual se esconde una compleja trama de factores, tales como las preferencias temporales y la capacidad humana de proyectarse hacia el futuro a través de las expectativas– será desarrollado posteriormente por los neoclásicos hasta convertirlo en un elemento decisivo en la conformación del valor.

La otra deficiencia de las dos que mencionamos, consiste en que Smith parece no percatarse del valor de uso que tienen los bienes en tanto medios de cambio, depositarios de valor o unidad de medida de éste; parece no percatarse, en síntesis, del valor de uso del dinero en cuanto tal. La afirmación según la cual los diamantes carecen de valor de uso, pudiera deberse al desconocimiento del valor de uso social que un bien puede alcanzar al servir como medio de cambio o depositario de valor; al desconocimiento de cómo el dinero además del valor de uso de todos los bienes que puede comprar, tiene el suyo propio.

Pero, tal vez, el elemento más polémico en Smith reside en la diversidad de teorías del valor que subsisten en su obra. En el capítulo VI de *La riqueza de las naciones* se desarrolla el principio fundamental del valor-trabajo, para explicar aquellas sociedades primitivas en las que no existen ni acumulación de capital ni propiedad privada. A partir de dicho principio, y para el análisis del capitalismo, Smith desarrolla una ambigua teoría en la cual con frecuencia se afirma que el trabajo es la fuente exclusiva del valor, pero donde la explicación de esta categoría viene dada fundamentalmente por los costos. “En nuestro ejemplo, el valor que el trabajador añade a los materiales se resuelve en dos partes; una de ellas paga el salario de los obreros y la otra la ganancia del empresario...” (página 48 de *La Riqueza de las Naciones*,

subrayado nuestro) En estas condiciones el producto íntegro del trabajo no siempre pertenece al trabajador; ha de compartirlo, en la mayor parte de los casos, con el propietario del capital que lo emplea” (página 49); son declaraciones difícilmente conciliables con lo que constituye una de las tesis centrales del libro, la idea según la cual el precio natural de los bienes está constituido por la sumatoria de las tasas naturales de renta, salario y ganancia.

En este capítulo VI, Smith formula la que se conoce como teoría del valor trabajo incorporado, por cuanto hace depender el valor de las mercancías del trabajo contenido en ellas. Pero si nos fijamos en el capítulo anterior, puede atribuírsele una concepción distinta, la denominada teoría del valor trabajo comandado, según la cual el valor de una mercancía dependería de la cantidad de trabajo que ésta puede adquirir en el mercado. En todo caso, el que la intención del autor de *La riqueza de las naciones* fuese elaborar una teoría del valor trabajo, pareciera estar fuera de toda duda, y se desprende ya del primer párrafo de su capítulo V:

“Todo hombre es rico o pobre según el grado en que pueda gozar de las cosas necesarias, convenientes y gratas de la vida. Pero una vez establecida la división del trabajo, es solo una parte muy pequeña de las mismas la que se puede procurar con el esfuerzo personal. La mayor parte de ellas se conseguirán mediante el trabajo de otras personas, y será rico o pobre, de acuerdo a la cantidad de trabajo ajeno de que pueda disponer o se halle en condiciones de adquirir. En consecuencia, el valor de cualquier bien, (...) es igual a la cantidad de trabajo que pueda adquirir o de que pueda disponer por mediación suya. El trabajo, por consiguiente, es la medida real del valor en cambio de toda clase de bienes” (página 31)

Aun cuando no está perfectamente claro que la intención de Smith haya sido formular otra teoría del valor distinta de aquella que descansa en el trabajo incorporado, diferimos de Schumpeter cuando afirma: “Esta acusación (aquella según la cual hay en Smith una teoría del valor trabajo comandado, E.G.), sin embargo, es totalmente inconsistente, y es importante señalarlo así, puesto que aceptarla equivaldría a acusar a Smith de una insensatez: porque considerar lo que mediante una mercancía puede adquirirse (...) como la explicación de su valor representaría uno de los más groseros errores en la historia de la

teoría” (Schumpeter, página 290).

Estamos perfectamente de acuerdo con Schumpeter cuando señala que habría sido una insensatez por parte de Smith el haber elaborado una teoría del valor trabajo comandado. Más que insensato es ingenuo (y de allí tal vez la reacción tan fuerte de Schumpeter) el afirmar que “el mercado determina la cantidad de valor que el trabajo puede crear o adquirir”, que no otra cosa es la teoría del trabajo comandado, y creer que con ello se elabora una teoría del valor. Es el mismo error en el que incurrieron Ricardo y Marx y que reseñamos; pero Schumpeter se equivocó al suponer que, porque habría sido insensato, Smith no elaboró tal teoría. Creemos que resulta más coherente aceptar la presencia de ésta en Smith y atribuir las inconsistencias del autor, la coexistencia en él, aunque en forma todavía embrionaria, de dos principios explicativos, a la misma problemática que luego atezará a Ricardo y que llegará a su máxima expresión en Marx. A saber, una teoría del valor trabajo sólo puede tener algún sentido como trabajo incorporado, como valor absoluto. Pero una vez que se constata que esta tesis es insostenible, la aceptación del valor como una entidad estrictamente relativa conduce a la pretensión, igualmente insostenible, de construir una teoría del valor-trabajo a partir del mercado.

La conexión con sus dos ilustres sucesores aparece muy clara entonces: la teoría del trabajo incorporado de Smith apunta claramente a la idea de valor absoluto, a la concepción sustancial del valor desarrollada plenamente en el Capítulo XX de los *Principios* de Ricardo. La teoría del trabajo comandado empalma fácilmente, por el contrario, con el título de la Sección I, del Capítulo I de dicha obra, es decir, con una concepción relativa del valor.

Finalmente queremos comentar la idea de precio natural en Smith, a partir de la cual este desarrolla, en su capítulo VII y en los cuatro siguientes, si bien en forma intuitiva e imprecisa, toda la teoría del equilibrio que los neoclásicos formularán de manera sistemática. En Smith encontramos ya esta noción, que servirá de base a sus sucesores para intentar la fundamentación o, más exactamente, la determinación de los valores relativos; tarea que Ricardo pretendió realizar con la noción de valor real o absoluto. El papel que en éste jugó el valor-trabajo y en Smith el precio natural, aquellos; los neoclásicos, lo asignaron a una estructura lógica,

centrada en el equilibrio general.

Las ideas de equilibrio a corto y a largo plazo están también contenidas en Smith en párrafos tan promisoros como el siguiente:

“Algunos frutos naturales requieren terrenos de calidad y situación tan especial, que la tierra apta en muchos grandes países para esa clase de cultivos no es suficiente para cubrir la demanda efectiva. La cantidad total que se lleva al mercado de esos frutos será adquirida por quienes están dispuestos a pagar más de lo suficiente para cubrir la renta... los salarios (...) y los beneficios, (...) de acuerdo con sus tasas naturales. Esas mercancías pueden continuar vendiéndose durante siglos enteros a un precio muy alto; en tal caso, la porción del precio, representativa de la renta de la tierra, es la que se paga por encima de su nivel natural” (Smith, página 59)

La falta de un enfoque hipotético convierte al precio natural, en este párrafo, y en Smith en general, en una categoría más o menos imprecisa. Porque sus juicios pretenden referirse a la realidad misma o reproducirla tal como es ella, en lugar de conformarse con ser un esquema analítico destinado simplemente a interpretarla. Sólo así podría entenderse que Smith afirme que no es natural un precio que se mantiene durante siglos y que aún agregue: “Estas alzas de precios son evidentemente efecto de causas naturales que impiden satisfacer plenamente la demanda efectiva; causas que pueden continuar obrando siempre del mismo modo” (subrayado nuestro). Tal pareciera que Smith supone la existencia de un precio natural cuya constitución no requiere de supuestos y, en consecuencia, representa una realidad en sí misma. Un enfoque hipotético habría mostrado que tal cosa no existe y que el precio natural únicamente podría ser pensado a partir de supuestos. Con lo cual, si una mercancía “continúa vendiéndose durante siglos a un precio muy alto” o si las causas que lo mantienen así “continúan obrando siempre del mismo modo”, ese será, asumiendo dichas causas como supuestos, el precio natural o más rigurosamente, un precio de equilibrio.

Porque de una posición como la de Smith, no es muy difícil pasar a una estructura analítica en la que el precio natural se transforme en precio de equilibrio; una vez que la pretensión de captar la realidad en sí misma es sustituida por un conjunto de relaciones lógicas construidas a partir de supuestos. Si asumimos que las tierras necesarias para producir un determinado bien son escasas (en relación a su demanda), el precio se mantendrá por encima de aquel que existiría si la situación fuese la inversa. Y estaremos así ante una posición de equilibrio en tanto se mantenga aquel supuesto. ●

El misterio de Adam Smith

Los fragmentos que siguen, críticos de Smith, forman parte de la monumental obra de Murray N. Rothbard (1926-1995), *Historia del pensamiento económico* (2000)

MURRAY NEWTON ROTHBARD

Adam Smith (1723-90) es un misterio en un rompecabezas oculto en un enigma. El misterio es la enorme brecha sin precedentes entre la exaltada reputación de Smith y la realidad de su dudosa contribución al pensamiento económico. La reputación de Smith casi ciega al sol.

Desde su tiempo hasta hace muy poco se le consideró el creador casi

ex novo de la ciencia de la economía. Fue universalmente aplaudido como el padre fundador. Los libros de historia del pensamiento económico, después de unas bien merecidas burlas a los mercantilistas y de hacer una reverencia a los fisiócratas, arrancan invariablemente de Smith como el creador de la disciplina. Todos los errores que cometió fueron excusados de modo comprensible como las inevitables imperfecciones de cualquier gran pionero. Se han escrito innumerables palabras sobre él. Con ocasión del bicentenario de su gran obra, *An Inquiry into the Nature and the Causes of the Wealth of Nations* (1776), se vertió un verdadero aluvión de libros, ensayos y memoriales sobre el sosegado profesor escocés (...).

Como ya hemos visto, Smith no fue el fundador de la ciencia económica, una ciencia que existía desde los escolásticos medievales y, en su forma moderna, desde Richard Cantillon.

Pero lo que los economistas alemanes solían llamar, en un contexto más reducido, *Das Adam Smith Problem*, es mucho más grave que eso. Porque el

problema no es simplemente que Smith no fuera el fundador de la economía. El problema es que no alumbró nada nuevo que fuese verdadero, y que todo lo que originó fue erróneo; que, aun en una época que se usaban menos las citas y notas a pie de página que en la nuestra, Adam Smith fue un plagio desvergonzado, que reconoció poco o nada y que plagió extensos pasajes, por ejemplo, de Cantillon. Mucho más grave fue el hecho de que pasara de citar o reconocer a su admirado mentor Francis Hutcheson, de quien derivó la mayor parte de sus ideas, así como la organización de sus lecciones de filosofía económica y moral. Ciertamente Smith escribió en una carta privada a la Universidad de Glasgow sobre el “olvidable Dr. Hutcheson”, pero padeció una evidente amnesia cuando llegó el momento de escribir la *Riqueza de las naciones* para el público en general.

Aunque fuese un plagio inveterado, Smith tenía complejo de Colón y acusó injustamente a algunos amigos íntimos de plagiarle a él. Y, puesto a plagiar, lo hizo mal, añadiendo nuevas falacias a las verdades que robó.

Por tanto, al reprobar a Adam Smith por sus errores no pecamos de anacrónicos, esto es, no penalizamos de modo absurdo a pensadores del pasado por no ser tan sabios como nosotros que llegamos después. Y es que Smith no sólo no contribuyó en nada importante al pensamiento económico; más aún, su economía constituyó un grave deterioro en relación con sus predecesores: Cantillon, Turgot, su maestro Hutcheson, los escolásticos españoles, incluso –muy curiosamente– obras suyas anteriores, tales como las *Lectures on Jurisprudence* (inéditas, 1762-63, 1766) y la *Theory of Moral Sentiments* (1759).

El misterio de Adam Smith, pues, es la inmensa brecha entre una reputación monstruosamente inflada y la triste realidad. Pero el problema es aún más grave; porque no se trata sólo de que desde entonces se haya hinchado terriblemente la reputación de la *Riqueza de las naciones*. El problema es que ese libro fuera de algún modo capaz de ocultar a los ojos de todos los hombres, economistas y juristas por igual, hasta el mismísimo conocimiento de que otros economistas, sea sólo los mejores, habían existido y escrito antes de 1776. La *Riqueza de las naciones* produjo un impacto tan colosal en el mundo que se borró todo conoci-

miento sobre economistas anteriores, de donde la reputación de Smith como Padre Fundador. El problema histórico es éste: ¿cómo pudo tener lugar este fenómeno con un libro tan poco original, tan profundamente imperfecto y mucho menos valioso que sus predecesores? (...)

Adam Smith no fundó la ciencia de la economía, pero ciertamente creó el paradigma de la escuela clásica británica, y a menudo al creador de un paradigma le resulta útil ser imperfecto y confuso al dejar espacio a discípulos que traten de clarificar y sistematizar las contribuciones del maestro. Hasta los años de la década de 1950, los economistas, al menos los de tradición angloamericana, reverenciaban a Smith como el fundador, y contemplaban el desarrollo posterior de la economía como un movimiento de ascensión lineal hacia la luz, con Smith seguido por Ricardo y Mill y, después, tras una pequeña desviación producida por los austriacos en la década de 1870, por Alfred Marshall, fundador de la economía neoclásica como disciplina neoricardiana y, por ello, neo-smithiana. En cierto sentido, John Maynard Keynes, pupilo de Marshall en Cambridge, pensó que él sólo estaba cerrando las brechas de la herencia Ricardo-Marshall. ●